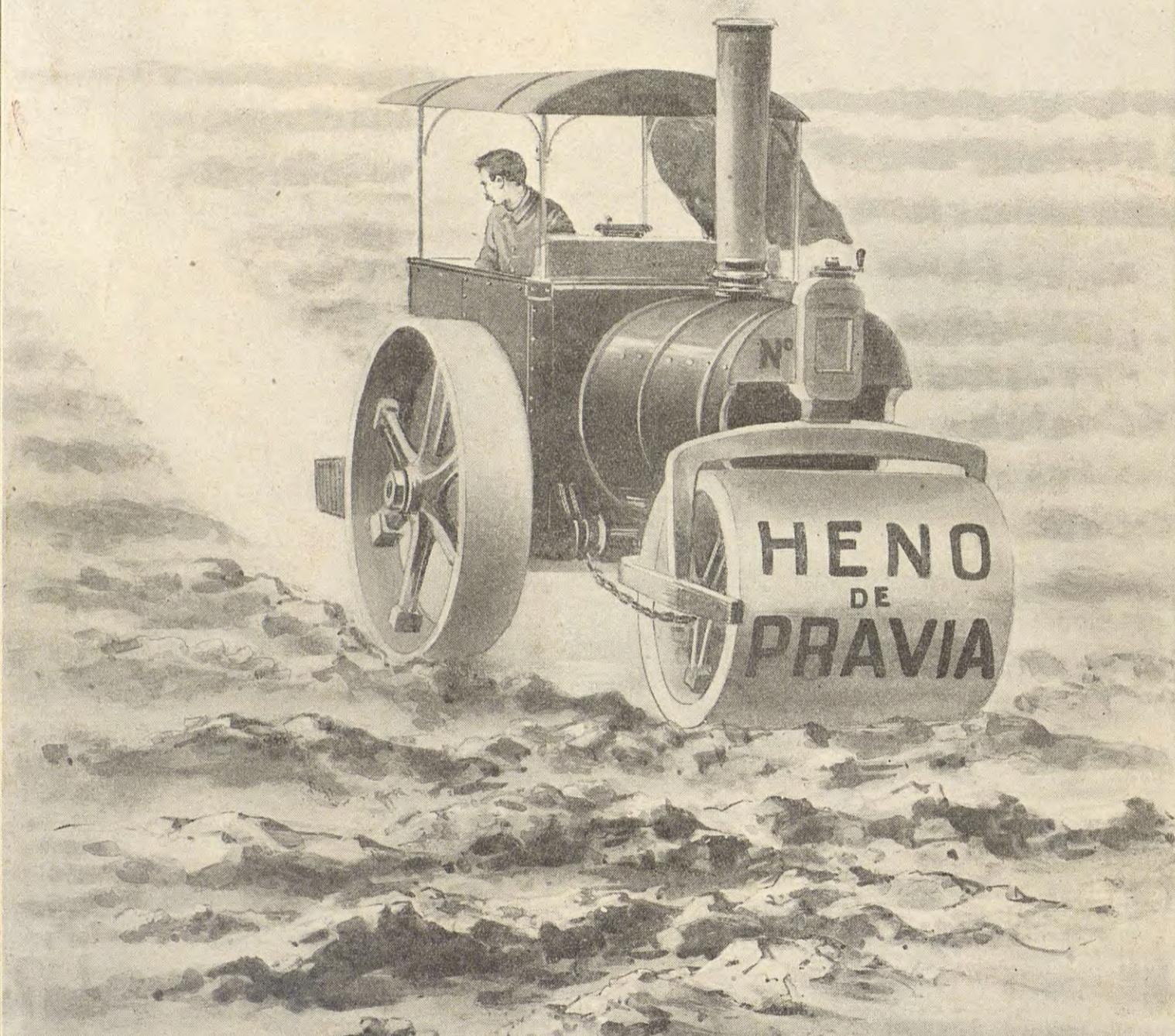


La Espera

Año I * Núm. 21

Precio: 50 cénts.





Por dónde pasa el
HENO de PRAVIA
las arrugas desaparecen

Ehrmann.

Año I

23 de Mayo de 1914

Núm. 21

La Espera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LOS REYES DE DINAMARCA EN PARÍS

El Rey Cristian X y la Reina Alejandrina, de Dinamarca, se encuentran actualmente en París realizando una visita oficial. Los gustos sencillos y democráticos de los nuevos Soberanos daneses, que tantas simpatías han despertado en su país, le han grangeado en la vecina República cordialísima acogida

DE LA VIDA QUE PASA
VIA CRUCIS

DAN mis balcones sobre el cacheo de «boulevard», bautizado con el nombre de Alberto Aguilera.

Aviva este nombre en el transeunte la memoria de aquel bondadoso gigantón que siendo alcalde de Madrid, procuró, lográndolo, higienizarlo y embellecerlo: díganlo el «boulevard», el encantador paseo de Rosales y el parque del Oeste, hecho hoy Paraiso por las artísticas faenas del jardinería mayor del Ayuntamiento, D. Cecilio Rodríguez. Dígalos, también, la parte de Moncloa que enfrenta y rodea el asilo de María Cristina.

Mucho hizo por Madrid aquel buen hombrazo. Ello no obstante, nadie se ocupa en alzarle una estatua, aquí, donde tantas se erigen sin razón y sin gusto, para escarnio del arte y mofa de las épocas venideras.

Desde mis balcones, por entre las celosías que forman las acacias en flor, contemplo el andén central de la calle. El día es hermoso e invita á los ciudadanos madrileños á gozar los encantos primaverales.

No desprecian esta invitación ellos.

La gente de á pie, viene y va bajo las acacias, con rumbo á la Moncloa, á Rosales, al parque del Oeste ó en retorno de tan bellos lugares. Coches y automóviles ruedan á derecha e izquierda, entre sonidos ásperos de bocina, golpes de taff, taff, crujidos de látilo y choques de herraña. Niñas y madres, vigilan el juego de los traviesos ángeles. Las voces infantiles suben hasta mí en himno de salud y de amor.

De veras es grato el espectáculo que ofrece á estas horas mi calle. En ellas, me parece la existencia mejor, yo más bueno y más buena la humanidad también.

Así estoy pensando, cuando observo que la gente de á pie se detiene, dando rostro al hospital de la Princesa. Los que van en coche giran

cabezas y ojos en igual dirección; los propios chiquillos interrumpen su juego y se amontonan para ver un grupo que llega por entre las acacias.

Componen el grupo una pareja de la Guardia civil y un hombre esposado.

Los guardias, correctos, con los bigotes retorcidos y el maíz al hombro, caminan marcialmente. El sol lustra los correajes, esmalta los cañones de los fusiles y se recorta sobre las fundas del bicornio. También recorta la figura del esposado; sólo que la recorta en negro, con cincelazos impiadosos.

El preso viste traje burdo, de castaño color, y ciñe su cabeza con boina. Caida la lleva hacia la frente, adoselando unos ojos que miran con ternura al suelo. Su cara es cetrina, curtida por los aires campestres; su barba, que ha díficil la navaja no rasuró, crece como hierba en barbecho; cae contra el pecho su mentón; incierta es su andadura; sus manos, acardenaladas por la esposa, tiéndense hacia adelante. En acción de gracias no será; tampoco en ademán de súplica: quien se halla cierto de ser desoído no implora.

¿Quién es el hombre? ¿Un criminal, hecho á violentar la carne y la hacienda del prójimo? Tal vez. ¿Un cazador furtivo, un leñador sorprendido por los guardas de un monte? Acaso. ¿Un ciudadano á quien sospechan, que la prueba pue de desvanecer, convierten en presunto autor de un delito? No diré que no.

Sea quien fuere, entre dos guardias va, calzando guantes de Vizcaya, hecho espectáculo de los vecinos de Madrid, que pasan libres al sol.

No es la primera vez que la contemplación de este horrible paseo, ha puesto en mis manos la pluma para escribir cuartillas y cuartillas con el rostro escaldado por el propio rubor y por el

rubor del hombre que entre fusiles atraviesa las calles.

¿Es posible que este espectáculo se ofrezca diariamente á los habitantes de una población culta? ¿Cómo se permite que pasen amarrados los hombres, igual que se amarraría á las fieras, donde juegan niños, como jugarían los ángeles?

Y si de los espectadores se va al espectáculo, ¿no es contra ley y contra justicia ese desfile de hombres aprisionados?

Hemos quedado oficialmente en que no hay penas aflictivas; así lo convinieron nuestros legisladores, procurando, si no hermanar las leyes escritas, con las leyes de humanidad, á lo menos dulcificarlas unas migajas.

Lo malo es que tales dulcificaciones, sólo impresas existen. Las penas aflictivas siguen impidiéndose en la realidad. No es la menor de ellas la significada por el vía-crucis de los criminales, presuntos ó efectivos, desde la estación á la cárcel. Esto cuando el vía-crucis no se prolonga, de carretera en carretera.

No hay un artículo en el código por el cual se condene á sufrir la vergüenza pública.

Y, sin embargo, la picota de los tiempos medios, subsiste. Sólo que ahora no es fija; es ambulante. En la antigüedad las multitudes necesitaban acudir al lugar de la exposición si querían disfrutar de ella. Hoy el expuesto recorre las calles para evitar molestias á los aficionados. En algo ha de conocerse el progreso.

Mal procedimiento es exhibir á un hombre esposado si quiere corregírsese.

En estas exhibiciones la vergüenza se sufre, pero también se gasta... y se pierde.

Una vez perdida del todo, es empeño inútil buscarla, para que reviva, en las conciencias criminales.

JOAQUÍN DICENTA

OTRA VEZ HACIA CASA

Otra vez hacia casa, huyendo el frío que la noche levanta en la llanura, vuelvo el bridaje al noble potro mío que marcha á paso largo de andadura.

El vespertino radiante, esplendoroso, brilla lírico y trémulo en el cielo. Es la hora confortante del reposo y es la hora placentera del martelo.

Al jase el gañán de la besana y va quedando el llano solitario. Tañe inquietante y grave una campana en un viejo y lejano campanario.

Espesos y ceñudos encinares destacan en el diáfano horizonte, y montañas azules, como mares, se extienden aún más lejos, tras el monte...

Esmaltan flores blancas las praderas, y otras flores menudas, amarillas, y el fondo manchan tierras barbecheras con el ocre color de las arcillas.

Se tienden en el llano los senderos sin término visible, serpeantes, por donde van los rudos arrieros y los mansos rebaños trashuñantes...

La alegría del campo languidece, y en la ribera, entre el follaje umbrío, la ignea luz del crepúsculo enrojece el sonoro cristal del ancho río.

Esfumase en los surcos el lozano y verde florecer de los trigos, ipromesa de pan tierno en el verano sobre rústicas mesas patriarciales...

Y al ocultarse el sol, tras la agonía crepuscular, se incendia el horizonte... Triunfa en el llano la melancolía y se acuestan las sombras en el monte...

Salamanca, dorada y orgullosa, dibújase al finar la carretera.



Una mujer, en la ciudad gloriosa, suspira con afán, por que me espera...

Nuestros hijos con ella, de su mano, aguardan mi regreso en los umbráles de la puerta de casa, entre el lozano y oloroso alentar de los rosales...

Yo voy en la ciudad los ojos fijos, y asaltame una súbita pavura; que he pensado, al pensar en esos hijos, en mi posible muerte prematura...

Son la cosecha de mi amor florido. Los que me dan aliento en el camino. ¿Qué será de esos niños en la vía? ¿Qué nos reserva á todos el Destino?...

Y al caer de lo alto de los sueños evocando la muerte traicionera, tiemblo por estos hijos tan pequeños y tiemblo por mi pobre compañera...

Mas pronto en mí renace la pujanza de mi recio optimismo, la aguerrida canción de fe, de lucha y de esperanza que da el triunfo á los bravos en la vida.

De conquista acaricio alegres sueños, otra vez animoso, otra vez fuerte, juzgándose al pensar en mis pequeños vencedor del dolor y de la muerte...

Para ellos he de ser como una encina cobijadora en tiempo tormentoso, y tal que es en la noche campesina el masín al rebaño clamoroso...

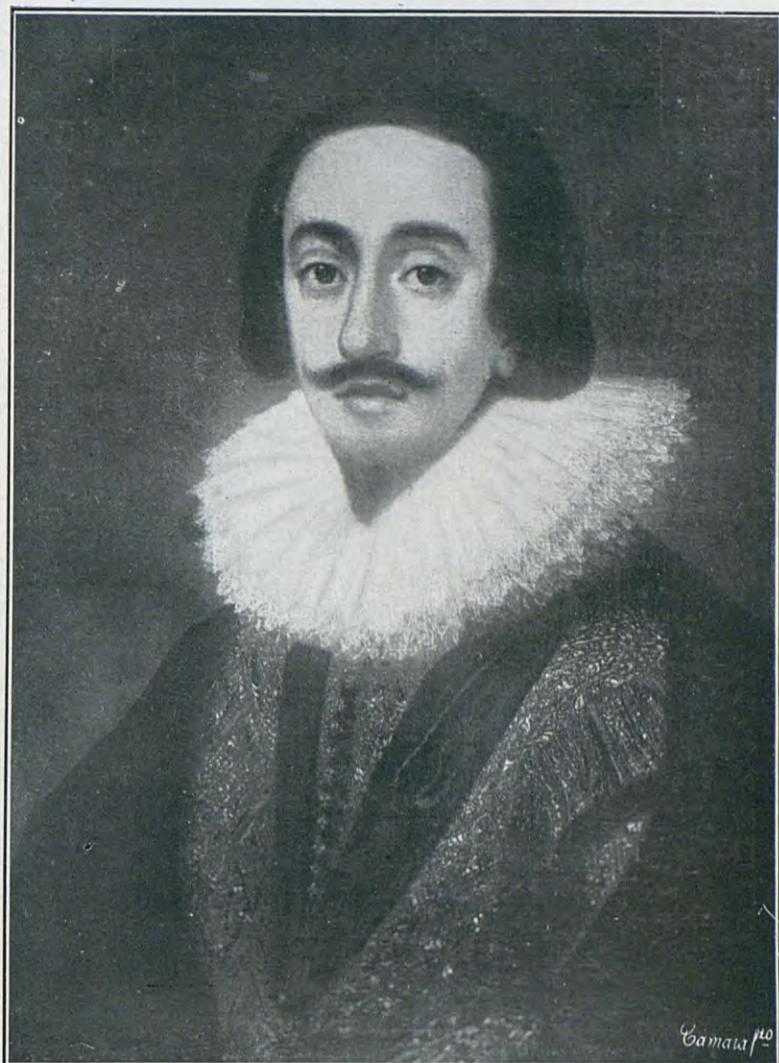
...Ya la luna, esa novia errante y muerta, aparece en el cielo blanca y yerba, siempre triste al rigor de su fortuna. Y la ambición, Pegaso, se despierta y vuela delirando hacia la luna...

ALBERTO VALERO MARTÍN

Salamanca.



EL NIÑO JESÚS CON LA CORONA DE ESPINAS
Cuadro de Alonso Cano



EL PRÍNCIPE DE GALES, QUE DESPUÉS REINÓ CON EL NOMBRE DE CARLOS I
Cuadro atribuido á Velázquez

BELLAS ARTES

DOS CUADROS ESPAÑOLES EN LONDRES

La Princesa heredera del trono de Inglaterra posee una espléndida pinacoteca. En esta pinacoteca, compuesta de obras maestras de distintas épocas, existen varios lienzos españoles y entre ellos dos de gran mérito é interés. Atribúyese el uno á Velázquez. Es el otro, obra indudable de los pinceles de Alonso Cano.

El atribuido á Velázquez representa al infeliz Carlos I cuando sólo era Príncipe de Gales. Ciento que hay en este retrato trozos pintados con la amplia y serena manera de Velázquez; cierto también que Velázquez en fuerza realista tiene, por ejemplo, la parte superior del rostro; pero en todo lo demás, del lienzo parece adivinarse aquella voluptuosa elegancia de Van Dyck.

Claro que este Carlos I, juvenil, con el bigote y la barba escasos, aún no presenta el aspecto doloroso, la amargura que luego habrá de tener en tantos lienzos donde le inmortaliza su artista favorito, el «Principal Pintor Ordinario de sus majestades». El dolor todavía no había llamado á su corazón; la vida danzaba ante su juventud, un poco enfermiza, coronada de rosas.

Lejos aún el asesinato de Buckingham, la aparición de Oliverio Cromwell, la decisiva batalla de Naseby; lejos la mañana del 30 de Enero de 1649 y el cadalso levantado en el palacio de Whitehall.

Además Van Dyck no fué á Londres por segunda vez hasta 1632. La primera vez, antes de su viaje á Italia que estuvo también en Inglaterra, era demasiado joven entonces y, desconocido aún, debió pasar inadvertida su presencia.

Por otra parte, la crítica inglesa asegura que este retrato del hijo de Jacobo I debió ser pintado el año 1625 cuando vino el príncipe de Gales á Madrid, acompañado del duque de Buckingham para acabar de una vez las negociaciones de su boda con la infanta María, hija de Felipe III.

Sin embargo, no puede afirmarse tan rotundamente que este lienzo sea obra de Velázquez, como se puede afirmar de otros que también se conservan en Inglaterra, como son *El aguador de Sevilla* (colección del duque de Wellington), *El Papa Inocencio* (id., id.), *Dos muchachos comiendo* (id., id., id.), *El Almirante Pareja* (National Gallery), *La Viejariendo huevos* (colección Francis Cook), el *Felipe IV* del Colegio de Dulwich, el lindísimo de *El Príncipe Baltasar Carlos en el picadero* (colección del duque Westminster) y otros varios.

ooo

El lienzo de Alonso Cano se titula *El Niño Jesús con la corona de espinas* y pertenece indudablemente á la última época del gran artista.

Todo en este lienzo es de una gran dulzura y responde á aquel escrupuloso cuidado que tenía el artista granadino en elegir asunto y modelos de indiscutible belleza.

Conocida es la anécdota del momento de su muerte, cuando rechazara el crucifijo que le presentaba un sacerdote:

—«Déme, padre, una cruz sola —murmuró, viendo el mal tallado crucifijo— que yo allí, con la fe, venero á Jesucristo y le reverencio como es en sí y como le contemplo en mi idea.»

Conocido es también su odio á los judíos que hacía desechar las ropa, aun recién estrenadas, si tropezaba en la calle con alguno de ellos y desenadrillar el portal de su casa si algún judío ponía en él su planta maldita.

De aquel exquisito amor á la belleza y de este indomable odio, es bien clara muestra *El Niño Jesús con la corona de espinas*. No vaciló en falsear las judaicas líneas del rostro; no quiso rendir respeto al realismo que en otras de sus obras anteriores respetara—siempre que no fue-

se deforme ó vulgar la figura que hubiese de reproducir,—y pintó un niño Jesús de rubias guejas, de rostro dulcísimo, con más apariencia de haber nacido en aristocrático palacio que en un pesebre humilde y viviendo en una modestísima carpintería.

Sutil y bella delicadeza simbólica tiene la actitud de Jesús. Sobre sus piernas yace una corona y con dos dedos de su mano derecha sostiene el índice de la izquierda, donde se ha clavado una espina. No expresa dolor el rostro, sino esa reflexiva tristeza de los niños que empiezan á comprender demasiado pronto. Hay, acaso, en la frente, que un rubio rizo cosquillea, el vago, impreciso presentimiento del dolor futuro, cuando esa corona, que ahora yace simbólicamente sobre las rodillas, oprima verdaderamente y cruelmente las sienes sudorosas del mártir...

Respecto á la técnica asoma también en toda su integridad aquella admirable fusión de energías y suavidades del Alonso Cano, que con igual maestría alternaba sus trabajos de escultor, pintor y arquitecto.

Y, hay por último, la serenidad, el aquietamiento místico de sus últimos años, cuando abandona el mundo por la paz sedante de la Iglesia.

No se piensa realmente ante ese lienzo en el Alonso Cano, de las arrogancias y las violencias, en el colérico agresor de Sebastián del Llano, en el acusado de haber dado muerte á su esposa y sometido á tormento para arrancarle una confesión que no quiso pronunciar; se piensa en cambio, en el Alonso Cano tan compasivo, bondadoso y amante de los humildes, que cuando estaba vacía de dinero su bolsa, corría á los pobres con dibujos hechos para ellos en medio de la calle.

SILVIO LAGO

LA ESFERA

VALENCIA MONUMENTAL



HISTÓRICAS TORRES DE CUARTE

EL FILÓSOFO DE MODA

EL NUEVO ESPIRITUALISMO

La característica de Bergson, filósofo muy celebrado en nuestros días y autor de una reciente y admirable conferencia sobre *L'âme et le corps*, es la hondura del pensamiento, unida á la severidad del juicio y al alto ingenio que revela, siquiera á veces se haya creido obligado á transigir en demasía con los mezquinos cánones del empirismo al uso. Desarrollase de una manera tan elocuente y á la vez tan sencilla, dicha conferencia, que acaso no se haya igualado jamás en exposiciones de esta índole. La argumentación convence en forma tan insinuante, que es como llamamiento á la profundidad del análisis á la vez que á los feros del sentido común. El materialismo psicológico queda á una convencido de superficialidad y de arbitrariedad.

Un análisis atento de la vida y del espíritu y de su acompañamiento fisiológico conduce á Bergson á creer que hay infinitamente más en una conciencia humana que en el cerebro correspondiente, y que el sentido común tiene razón al considerar el *yo* como algo que desborda por todas partes del cuerpo á que está unido, traspasándole en el espacio y en el tiempo. Este algo, que desborda por todas partes del cuerpo, se distingue de él en que crea fuera de él hechos nuevos, y se manifiesta como acción completa en movimientos imprevistos e imprevisibles. La gravedad y alcance de esta concepción, dentro de la psicología contemporánea, fácilmente se comprende, por cuanto implica un reconocimiento de la *quidditas* antigua ó de la substancia espiritual, como realidad encarcelada dentro del cuerpo, con el cual riñe la cruenta batalla de los amigos-enemigos de nuestro Calderón.

La principal objeción del materialismo psicológico contra el espiritualismo, es que si el alma representa una producción de substancia fuera del cuerpo, el organismo aumentaría por medio de esta producción, y no constituiría un compuesto real. Pero si el espíritu posee en un grado máximo, es decir, virtual, lo que por medio del cuerpo da un grado formal, la substancia orgánica nada añade á la substancia psíquica, la cual le sobrepuja y sobresale por todas partes. Esta objeción en realidad no merece fijar la atención, y sin embargo, toda la teoría se apoya sobre ella, pues por su causa se sienta el principio de la unidad compositiva del ser humano.

Tan lejos está la moderna psicología experimental de haber invalidado las conclusiones de la clásica psicología experimentalista, que, por el contrario, no ha hecho más que confirmarlas indirecta y á veces directamente, al proclamar (contra las pretensiones del materialismo) que ningún fenómeno psíquico, sea del género que sea, sensación, pensamiento ó volición, se explica sin la condición (superior á las exteriores y concomitantes que el empirismo diligentemente inquierte) de un sujeto único e indivisible, de un verdadero individuo, principio de individuación ó *yo*, que siente, piensa y quiere. Nuestro cuerpo, insertado en el mundo material, recibe excitaciones á las que tiene que responder por movimientos apropiados; el cerebro, y en general el sistema cerebro-espinal, preparan estos movimientos; pero la percepción es muy otra cosa. La percepción evoca una serie más ó menos larga de representaciones imaginarias distintas unas de otras; pero las transformaciones que sufre no corresponden á las imágenes ni en cantidad ni en calidad; la forma y contenido de cada imagen varían radicalmente en la serie perceptiva. Por esta causa, á menos de que la psicología, contrariando arbitrariamente los cánones del buen método científico, se limite á identificar ó sumar relaciones homogéneas, se ve obligada á reconocer la *discriminación espiritual* y á dar realidad á elementos nuevos que la serie perceptiva en sí no confiere.

Si del pensamiento se trata, los movimientos de articulación por los que se expresa en el ce-

rebro y que constituyen su mecanismo orgánico, no son el pensamiento real, concreto, viviente, sino un ritmo natural que al pensamiento acompaña, pero con el que resulta tan imposible reconstituir el pensamiento mismo, como lo resultaría para un físico el reconstituir una suma de movimientos mecánicos por la mera determinación de las posiciones á que en el espacio correspondan. Estos movimientos se resuelven para el físico en la fuerza, y la fuerza es una forma primitiva de la vida. El pensamiento, por su parte, es una forma superior de esta misma vida, y si nos fuera dado llegar á ver con nuestros ojos las vibraciones de todas las células cerebrales y el trabajo cerebral, es decir, el conjunto de relaciones que enlaza las representaciones mentales con los movimientos concomitantes del sistema nervioso, no hallaríamos semejanza alguna entre las dos series física e intelectual, ni

tensidad como en su dirección, no corresponde más que en un sentido muy restringido á los estados cerebrales.

Resumamos, pues, estatuyendo como en fórmula general, que el espíritu desborda por todas partes del cerebro, y que la actividad cerebral no responde más que á una ínfima parte de la actividad mental. La fisiología nos enseña que la producción de la conciencia va siempre unida á la autoridad del sistema nervioso y en particular del cerebro. Pero la recíproca no es verdadera: los hechos de conciencia escapan á toda percepción exterior, y no pueden ser conocidos más que por quien los experimenta. Si pudiésemos entrar «como en un molino», para emplear la pintoresca expresión de Leibnitz, en un cerebro que estuviera pensando, y le observásemos durante su trabajo, veríamos tan sólo átomos en movimiento, pero ni la menor traza de las ideas

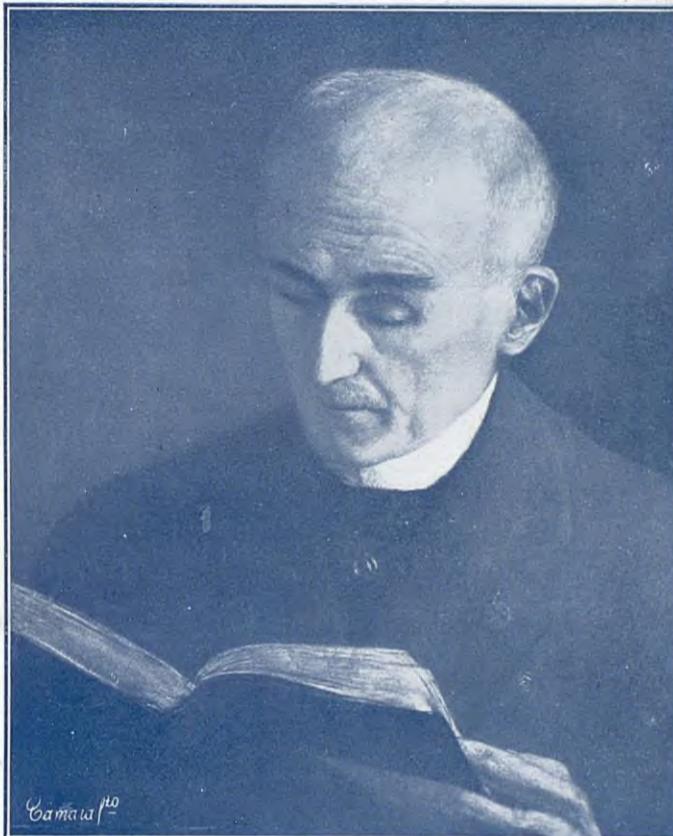
que allí se forman. No existe, pues, puente alguno que conduzca del mundo de lo material al mundo de la conciencia, y entre los fenómenos mecánicos y los fenómenos psíquicos media un abismo infranqueable. La única función del espíritu á la que se ha podido asignar un lugar en el cerebro es la memoria, y más precisamente la memoria de las palabras; pero la psicología prueba que los recuerdos, aun los meramente sensibles, no pueden considerarse como impresiones dejadas por los objetos en el cerebro: de ser así, se llegaría al absurdo de que no tendríamos un recuerdo de un objeto, sino miles y aun millones, dejando inexplicada la unidad y continuidad de los hechos conscientes. Aun los casos anómalos, como los de afasia progresiva, encuentran en el espiritualismo una explicación natural y sencilla que el materialismo no puede darles. En resolución: el cerebro no es más que el órgano de atención á la vida, un mero (e imperfectísimo) instrumento de que el alma se sirve para adaptar su acción á las contingencias de la realidad.

¿A qué comparar el cuerpo en sus relaciones con el espíritu? No encuentro comparación más significativa que la que los neoplatónicos establecían entre el universo y Dios: á una red echada al mar por los pescadores. El espíritu llena el cuerpo como Dios llena el universo, como el agua llena la red, sin que esta pueda retenerla: el cuerpo quiere, pero no puede retener al espíritu. El cuerpo se mueve, pero el espíritu es inmóvil. Si el cuerpo no se mueve, el espíritu no creará nada, no saldrá de su calma; pero si, fundados en el testimonio inmediato de la conciencia, afirmamos que el espíritu

es el ser tomado en su esencia, y todo ocurre como si el cuerpo fuese simplemente utilizado por el espíritu en vez de ser éste un efecto de la vida de aquél, no hay razón para suponer que el cuerpo y el espíritu estén inseparablemente unidos uno á otro.

Esto supuesto, ¿qué de extrañar tiene que los psicólogos, dejándose llevar de semejante afirmación por una pendiente de rigor lógico, se sientan inclinados á establecer, en el terreno mismo de la experiencia, la posibilidad y aun la probabilidad de la supervivencia del espíritu al cuerpo por un tiempo *x*? No hay duda que la vida mental desborda de la vida cerebral; no es dudoso, ni para el sabio ni para el creyente, que el cerebro se limita á traducir en movimientos una pequeña parte de lo que sucede en la conciencia. Con arreglo á este dato, la supervivencia resulta una aventura ó una contingencia tan verosímil, que la obligación de probar lo contrario incumbe al que niega y no al que afirma; porque la única razón para creer en la extinción de la conciencia después de la muerte es que vemos al cuerpo desorganizarse, y esta razón pierde todo su valor desde que la independencia de la conciencia respecto al cuerpo es un hecho comprobado por vía experimental. ¿Cuándo, cómo y en qué límites se prolonga esa independencia? He aquí lo que la ciencia no puede decidir.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO



M. HENRI BERGSON

Cuyas conferencias en París constituyen la gran actualidad científica

conoceríamos nada de las acciones internas á que tales movimientos corresponden. Del mismo modo que, según el símil admitido, un dentista ve el diente cariado, pero no ve el dolor producido por la caries del diente, yo oigo el sonido de la palabra, pero no percibo el pensamiento que expresa.

Así, pues, las manifestaciones íntimas del pensamiento caen fuera de toda expresión mecánica como lo que en la naturaleza produce el adelantamiento orgánico cae fuera del análisis fisiológico. Con la volición sucede lo mismo, pues, aunque los movimientos de este género se ejecutan por mediación de ciertos mecanismos y aun se les haya podido localizar en la zona llamada rolándica, al lado de los órganos del movimiento y del órgano de la elección, aparece un nuevo elemento, que es la elección misma. Aquí también la voluntad se nos presenta como una forma superior de la vida, como algo sobrepujado á la actividad nerviosa. Del movimiento de un pólipo á la determinación de un ser moral y libre el artificio constante de la conciencia es hacer servir á sus fines, cada vez en mayor escala, el determinismo cósmico. Querer, cuando la acción querida no se malogra, es crear algo nuevo, que sea progreso respecto á lo anterior, pero sin que la conciencia diga en sí misma relación al espacio, pues la vida marcha hacia una espiritualización creciente, y los estados de alma, en su in-

NUESTRAS VISITAS

MARGARITA XIRGU



La insigne actriz catalana Margarita Xirgu hablando con su marido

Su apellido de usted es Xirgu ó Xirgü?... ¿Con acento ó sin acento?...

—Sin acento; Xirgu—se apresuró á contestar Margarita—. Todo el mundo ha dado en llamarle Xirgü, y ¡me da un coraje!...

—Es un apellido muy original y que se presta mucho para la celebridad—comenté.

—Sí, ¿verdad?... La cruz de la equis—y la genial artista hacía una cruz con los dedos índices—le hace muy bien y llama mucho la atención... Además el nombre Margarita combina perfectamente. Al principio de aparecer yo en el teatro se creyó que era un seudónimo; pero ¡no hay tal! es mi nombre.

Calló Margarita, bajó los ojos, y con gesto hechiceraamente ingenuo, posó la mirada en sus pulidas manos que, una sobre otra, estaban aquietadas en sus rodillas.

—Es bella Margarita?... No sé qué deciros. Yo, sentado frente á ella, la contemplaba de hito en hito y me hacía la misma pregunta... ¿Es bella esta mujer?... Mientras permanece en silencio parece una mujer algo extraña y un poco dura de facciones; pero cuando se siente mirada y sobre todo cuando habla de arte, de luchas pasadas, de triunfos, de ilusiones pretéritas, entonces se transfigura de tal forma, que se muestra como una belleza extraordinaria.

Charla mucho, y la charla en sus labios—que no han podido todavía eliminar el acento catalán—tiene algo de misterio, de risa y de dolor, al mismo tiempo; ese algo es lo que subyuga y va poco á poco adueñándose de la admiración del que la escucha.

Muy morena, tan morena, que su piel tiene tréchos—las ojeras, la barbilla, el cuello—por don-

de broncea. Sus ojos, muy grandes y muy negros, brillan á veces con un fulgor siniestro, como los de una tigresa... Nunca están quietos. Van delante de su palabra para daros la perfecta sensación de la alegría, del dolor, de la tristeza, del placer.

La nariz, casi perfecta, de levísimas aletas, respinga un poco por la punta. Su boca, grande, inmensamente grande, siempre rie, dejando asomar entre sus sangrientos y finos labios los dientes también grandes pero blanquísimos. Como la endrina es su cabellera, que se desborda sobre su nuca, ondulada, brillante, copiosa.

Aquella tarde su gentil figura, más bien alta, estaba ataviada con una sencillez elegante. Un vestido de seda, color naranja, ceñíale perfectamente las firmes redondeces de su cuerpo. Permanecía sentada en una panzuda butaquita con una pierna cruzada sobre la otra y bajo la fimbria de la falda de inflados *panniers*, asomaba el hechizo de sus diminutos piececitos, calzados con zapato de raso negro, que contrastaba lindamente con la media de seda blanca.

En la habitación paredeña, que era una alcoba, un caballero daba paseos de un lado á otro.

Campúa contemplaba á la Xirgu con deleite. Yo proseguí:

—Y dígame usted, Margarita, ¿cuánto tiempo hace que apareció usted en el teatro?...

—Ocho años...

—¿Siempre de primera actriz?...

Margarita rió mi inocencia.

—¡Oh, no!... Verá usted: Yo, desde pequeña, desde que tenía cinco años, sentía una indomitable vocación por el teatro... Recuerdo que en mi casa, en Barcelona, me pasaba la vida decla-

mando, y como á otras niñas cuando van visitas á sus casas, se les dice: «Anda, fulanita, baila», «canta», «toca el piano», á mí ya se sabía, mi gracia infantil era recitar versos ó trozos de obras delante de todas las amistades de mis padres. A los quince años tomé parte en varias funciones de aficionados. Alguien adivinó en mis condiciones de actriz y me aconsejó que me dedicara de lleno al teatro. Seguí aquellos consejos y accedí á contratarme como damita joven en el teatro Romea, con ocho pesetas diarias. Allí hice *Mar y cielo*, de Guimerá, *Noche de amor*, *Los pobres menestrales* y *Teresa Raguin*; pero llegó un momento en que llegué á desempeñar papeles de primera actriz y el empresario, aunque encantado de mi concurso, no me aumentaba el sueldo; seguía, pues, con las ocho pesetas.

—Y usted ¿por qué no protestó?

—¡Bah! A mí me daba mucha vergüenza. Pero verá usted: á la temporada siguiente me hicieron propuestas *Novedades* y *Principal*. *Novedades* me daba veinticinco pesetas y *Principal* quince. Yo, que más que el dinero deseaba crear, tener un éxito mío, contesté que donde se estrenara *Juventud de Príncipe* allí iba yo. En el *Principal* se quedaron con esta obra y en efecto, yo la estrené. Fue un éxito ruidoso. Despues estrené *Salomé*, otro éxito delirante; pero las autoridades encontraron en *Salomé* algo pecaminoso y nos cerraron el teatro. A la temporada siguiente, que ganaba cuarenta pesetas diarias, fué cuando me contrató Da Rosa para una *tournée* por España y América.

—¿Qué contrato llevaba usted?...

—Me ofreció veinte duros diarios en España y

LA ESFERA

cincuenta en oro en América y un beneficio al veinticinco por ciento en cada sitio donde diéramos más de cuatro funciones.

—¿Estaba ya contratado Thuillier?...

—No, señor. A Thuillier lo contrató por mi indicación. Da Rosa no lo veía con buenos ojos. Pero yo necesitaba un director de escena para compartir la responsabilidad y hacer frente á la compañía... Figúrese usted: yo era muy joven y no me consideraba con fuerzas suficientes para llevar sobre mí todo el peso de la *tournée*; entonces pensé en un director. Mi ideal hubiera sido Díaz de Mendoza; pero como se trataba de un imposible, dí el nombre de Thuillier...

—¿Y cómo es que no han continuado en compañía?...

Margarita hizo un gracioso mohín levantando sus cejas arqueadas y finas y surcando la tersa frente con tres arrugas.

—De eso mejor es no hablar... Thuillier se equivocó.

Hizo unos instantes de silencio; después sonriendo cruelmente, prosiguió.

—Todos los que me ven siempre tan risueña, tan chiquilla y tan alegre, creen que yo soy fácil de manejar y se equivocan. Yo soy una mujer ó muy fácil para todo lo de la vida ó imposible; muy fácil, porque con razones logra cualquiera persona convencerme de que debo hacer una cosa; ahora bien: si no me convence con razones, por imposición y por fuerza soy indomable.

—¿Y cuando Da Rosa la contrató sabía usted el castellano?...

—Ni una palabra. Yo siempre hablé el catalán y mi teatro fué catalán. El castellano lo aprendí en poco tiempo, en menos de un año; pero figúrese usted ¡con qué miedo trabajaría las primeras veces!... ¡Horroroso!...

—¿Cuántas funciones va usted á dar en la *Princesa*?...

—Hasta el 24 de este mes.

—¿Cuál es la obra preferida por usted?...

—*Salomé*, hasta ahora.

—¿Y de la *Princesa* á dónde va usted?...

—Haré una corta *tournée* por provincias y después al «Gran Casino», de San Sebastián, donde estaré del 10 de Agosto al 18 de Septiembre.

—¿Qué obras lleva usted?...

—Llevo seis del repertorio de Benavente. Entre ellas *La Princesa Bebé*, *La Malquerida*, *Los Buhos*, *La señorita se aburre*, *Los ojos de los muertos*. De Valle Inclán, estrenaré, *El yermo de las almas* y otras... ¡y ya veremos!...

—¿Las obras de qué autor se adaptan más á su temperamento artístico?...

Dudó unos momentos.

—No sé cual decirle á usted. Nuestros autores predilectos son aquellos que nos hacen obras apropiados para nuestro temperamento, ¿no es eso?... Pero en mí no ocurre esto, porque hasta ahora, yo soy la que ha ido á los autores; no los autores á mí. Echegaray, Benavente, los Quintero y otros hicieron teatro pensando en la Guerrero ó en la Pino, y esto es muy principal; veremos el día que yo estrene obras al corte y á medida de mi temperamento.

—¿Está usted satisfecha de su *debut* en Madrid?...

Sonrió con inefable alegría.

—¡Oh! ¡muy satisfecha!, ¡satisfecísimamente!... Yo temía al público de Madrid como al de ninguna parte. Era el tribunal, que, con su fallo, iba á decidir mi causa artística... ¿De qué me hubiera servido mi espléndida *tournée* por América y provincias, si no gusto aquí?... De na-

da; pero se alzó el telón, y cuando yo en las primeras escenas levanté los ojos y observé, con qué respeto, con qué atención, se adelantaban las cabezas para escucharme, como si se hubiese tratado de una artista ya consagrada, respiré satisfecha.

Y Margarita daba un profundo suspiro de triunfo.

—Y la temporada próxima ¿trabajará usted en Madrid?

—Veremos. Depende de que tenga teatro: hasta ahora no lo tengo.

Se detuvo; después, entornando los ojos con deleite, continuó:

—¡Mi ilusión es hacer aquí toda la temporada!

—¿Es usted casada, Margarita?... —inquirió.

—Sí, señor; mi marido está aquí.

Y me indicó la alcoba donde paseaba el caballero.

—Podríamos hacerle una fotografía con su esposo?—propuso Campúa cejijunto, mirando de soslayo á la alcoba.

—Con mucho gusto—accedió ella;—y, dirigiéndose al marido, continuó:—Pepito, Pepito, ¿quieres que nos retratemos juntos?...

—¡No!, dejame á mí de retratos —contestó desde la alcoba una voz desabrida, tintada de acento catalán.

—Anda, Pepito; si ahora es moda. ¿No has visto á «Azorín» con su esposa?... Sí, Pepito, para que mamá nos vea juntos... Anda, Pepito... Su voz era suplicante y mimosa, como la de una chicuela.

—Te he dicho que me dejes de tonterías —rechazó de nuevo y más agriamente el marido.

No desistió la esposa. Alzóse y fué á la alcoba. A los pocos instantes volvió acompañada de él... Es un joven alto, seco, barbileño, de rostro encogido por una perpetua expresión de sorpresa. Seguramente creyó que desde su altura social no debía descender para pequeñeces y... no nos saludó, ni con un movimiento de cabeza. Campúa y yo nos miramos asombrados...

—¿Dónde nos ponemos?—preguntó ella.

—Donde ustedes quieran—contestó Campúa.—En ese sofá mismo.

—Pues ven, Pepito; sentémonos aquí. El marido se dejó llevar. Cuando estuvieron sentados, Margarita, entre risa sana, risa de juventud, risa de triunfo, agregó, burlonamente:

—Supongamos que estamos representando la escena de «el sofá» de *Don Juan Tenorio*, y tú, todo rendido, me estás diciendo: «¿No es verdad, paloma mía?...»

Su voz tierna, dulce como las notas melódicas de un arpa, no arrancó ni una leve sonrisa al marido, que, con malestar de espíritu, completamente divorciado de aquel ambiente, se concretaba á darle chupadas, con cierto énfasis, á un cigarro de veinte céntimos.

—Al verme retratado van á decir que todos los maridos son más viejos que yo.

—No te quejes por ser joven, hombre —le consoló la esposa.—¡Ya llegarás á viejo!.. Es algo mayor que yo y no lo parece—agregó dirigiéndose á nosotros.

—¿Pues qué edad tiene usted Margarita?..—le pregunté.

—Venticinco años

En sus labios frescos, las palabras venticinco años, fueron un soplo de juventud.

Campúa hizo sus fotografías y yo di por terminadas mis sencillas preguntas.

Después ofrendamos á la genial artista un apretón de manos y salimos.

Ya en la escalera me dijo Campúa, al oído:

—Chico ¿has visto?... ¡Qué mujer!...

—¡Qué mujer!...—repetí yo.

—¡Qué lástima!...

—¡Qué lástima!...

Estudios fisionómicos de la insigne actriz
Margarita Xirgu

FOT. CAMPÚA

EL CABALLERO AUDAZ

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



UN PASTOR

Dibujo á la acuarela, por Jover

LA ESFERA

UNA FOTOGRAFÍA DE LA REINA



S. M. la Reina Doña Victoria, al entrar en el Tiro de Pichón de la Casa de Campo el día en que se verificó el concurso del campeonato, que ganó el marqués de Villaviciosa de Asturias

FOT. CAMPÚA



Las alas de plomo

CUANDO Félix Sagaseta entró en el café señalaba las cuatro el reloj del establecimiento. Una vez más acreditaba su puntualidad. Al tomar posesión de su sitio de costumbre, la voz de Paco el camarero, viejo y mansurrón, saludóle cortesamente.

—Buenas tardes, señor don Félix. ¿Cómo le va á usted?

—Hola, Paco.

Pasó éste el paño de limpieza á lo largo del mármol, trajo luego el servicio de café y volvió á marcharse, llevándose la botella del agua medida vacía para renovar el líquido.

Sagaseta encendió un cigarrillo mientras el «echador» le servía y, respaldándose en el diván cómodamente, paseó la mirada por el local.

Apenas había gente. Era «El Argentino» uno de esos cafés de segundo orden solitarios y tristes, sólo concurridos los sábados y domingos, siendo su principal contingente parejitas de novios y honradas familias burguesas. Los demás días, por la tarde sobre todo, solía verse esparcida por el salón de «El Argentino» hasta una docena de personas.

Sagaseta ocupaba siempre «su rinconcito». Espíritu reconcentrado, recogido en sí mismo por algo de timidez y otro algo de humildad, gustaba de los rincones. Para ver sin ser visto, pasar inadvertido y evitar el roce con la multitud, por la que sentía desdén de misántropo, iba por la calle pegado á la acera y en el teatro como en

el café buscaba siempre un rincón. El del café llamábalo «su observatorio». Desde él se enterraba de cuanto ocurría en el local y alcanzaba á ver la gente que pasaba por la calle. Pero, sobre todo, era el más propicio regazo para sus sueños.

¡Ya lo creo! ¡Pues poco que quería Félix Sagaseta, pintor excelente y soñador incurable, á aquel rinconcito de «El Argentino»! Ante aquella mesa de mármol desconchado, sobre aquél diván de terciopelo desteñido, humeante la taza de café puro y fumando cigarrillos, Sagaseta pensaba sus lienzos, forjaba sus proyectos y echaba á volar sus ilusiones por el mundo entero... sin moverse de su rincón. Regalo de sibarita encontraba en él y muelle hospitalidad para sus sueños. Más que prolongación de su hogar, puede decirse que era el hogar mismo, pues en su estudio, en su cuartito de cierto arrabal madrileño únicamente paraba los días dedicados á los pinceles que eran los domingos por la mañana y alguna que otra tarde de días favorables.

Porque la existencia de Félix Sagaseta, que ya había traslindado los treinta y cinco, dividíase entre el café, los pinceles y la oficina. Sagaseta como modesto funcionario público, era una humilde ruedecilla de la complicada máquina del Estado. De nueve á dos no se pertenecía á sí mismo. Durante esas horas tenía vendida su libertad—según frase suya—por cinco pesetas diarias en cierta dependencia oficial, abarrotada de legajos amarillos y polvorientos, del año uno,

que prisioneros en estanterías que llegaban hasta el techo y corrían á lo largo de los pasillos, soñaban sin duda con la llegada de un ministro inteligente que los mandase quemar...

Como al café, Sagaseta asistía puntualmente á la oficina. No pertenecía al grupo de los artistas desordenados, bohemios, de pelo largo y facultades cortas. Sagaseta encontraba perfectamente compatibles el arte con la oficina, el aseo personal con la paleta, y el estudio, el café y el negociado con el orden y el método. Era la suya una vida mansa, que caminaba monótona y apacible como el agua de una acequia...

Se levantaba temprano, se bañaba... (no era un artista como los demás). Pulcramente vestido, como siempre, con la cabeza despejada por el sueño satisfecho y con ganas de respirar el aire libre, tomaba el camino de Madrid. En verano como en invierno gustaba de ir á pie, pensando en sus cosas, saboreando el placer de la caminata que hacía por higiene. Usaba siempre el mismo itinerario. Iba por un largo paseo con pequeños hoteles y orillado de arbolillos. La campanita de las monjas parecía darle, al pasar, los buenos días con su voz clara, diáfana, cristalina...

El ambiente oficinero ofendía un poco su fina sensibilidad. Aquellos cinco respetables compañeros de negociado, eran de un adocenamiento formidable; inteligencias opacas, criterios rampantes con los que había que convivir un día y

y otro; más de una vez soñaba Sagaseta con la soledad de un desierto ó la celda cartuja. Pero daban las dos y Sagaseta respiraba con delicia el aire de la calle. Hasta las nueve de la mañana del siguiente día, vivía para sí mismo, para su arte, para sus sueños. El tranvía le transportaba á su arrabal y después de haber comido le devolvía á Madrid, á su rinconcito de «El Argentino», donde solía estar hasta anochecido. Entonces dedicaba un rato á callejear por el centro, en esa hora populosa de la Puerta del Sol y sus afluentes, ó se metía en un cine á ver unos cuantos metros de película, ó en Romeo á ver bailar á la Imperio. Era la hora de expansión puramente visual y exterior que Sagaseta se concedía á sí mismo. Fuera de ese rato, sólo vivía para su mundo interior.

Rompiendo la tersura de su vida, alguna vez surgía en su conciencia cierto grito rebelde. ¿Es que con treinta y cinco años, salud, voluntad y talento, iba á pasarse la vida siempre así, de la oficina al estudio, del estudio al café, en una interminable cadena de días y años? Certo que su firma aún no se cotizaba lo suficiente para poder emanciparse del yugo oficinal, pues las tablas que vendía y los dibujos que publicaba en

Al abrir esta última, no pudo reprimir un vivísimo movimiento de sorpresa y satisfacción. Era de su excelente amigo Gustavo Cortázar, residente en Buenos Aires desde hacía poco, y venía como anillo al dedo, á coincidir con las ansias de emancipación que hostigándole estaban. Gustavo Cortázar hacía calurosas y entusiásticas demostraciones de su bienestar en aquellas tierras y le invitaba á establecerse en ellas, en la seguridad de que no había de arrepentirse. «Cada día estoy más satisfecho—decía—de haber venido. Este es un país delicioso y el dinero aquí corre y se deja coger fácilmente. Echalo todo á rodar y vente. Creo que no te será difícil encontrar un puesto apenas llegues. ¿Te espero? España es una buena madre que no alimenta bien á sus hijos por falta de medios. No lo olvides.»

Las encendidas ansias de Sagaseta subieron de punto con la carta de su amigo. E inmediatamente determinó emprender el viaje. Arregló sus cosas en el más breve plazo posible, pediría la excedencia, sacaría á la luz sus ahorros para comprar el pasaje y, dando un salto valiente, se saldría de aquellos monótonos rieles porque caminaba invariablemente su vida.

Dijérase que era su testamento lo que iba á redactar ó el balance general de su vida, de méritos y pecados, en trance de muerte, según le ponía de sombrío y caviloso. Pero qué remedio; había que hacerlo...

Con tales inquietudes llegó á la oficina. Eran las nueve en punto. Como de ordinario asistía de los primeros á su obligación.

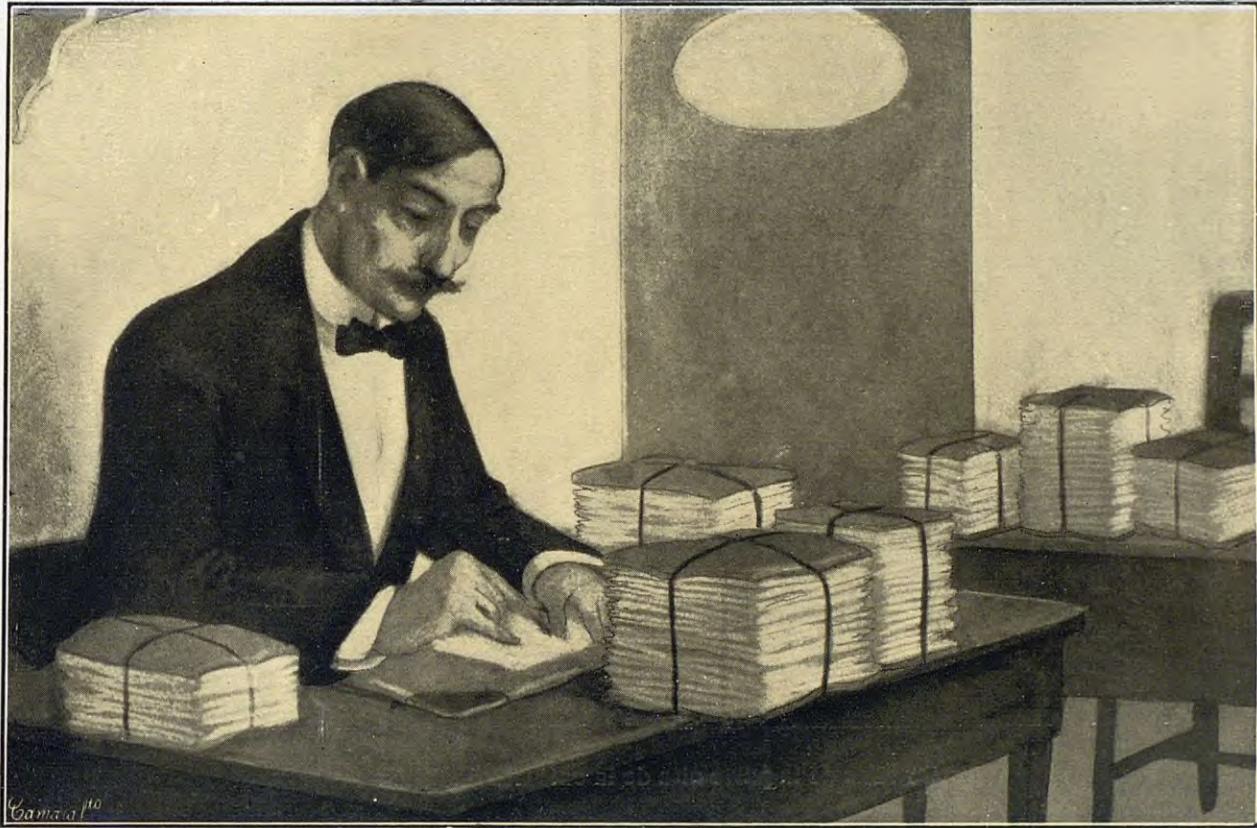
Nadie en el negociado. El ordenanza acababa de salir, tras de haber pasado el plumero, sin gran detenimiento, sobre las mesas.

Sagaseta se sentó ante la suya. Abrió el cajón, sacó sus útiles de escritorio (que cada cual guardaba por temor á posibles desapariciones) y lo fué colocando en cuidadoso orden. Luego cogió un pliego de papel de barbas, dobló las márgenes, requirió la pluma y se dispuso á extender la petición de excedencia.

Escribió las primeras palabras: «Excelentísimo señor...»

Le temblaba el pulso. Dejó la pluma y encendió un pitillo. Paseó la mirada por la habitación como pidiendo ánimos á las imponentes estanterías abarrotradas de legajos amarillos y polvorientos, con minutos del año uno...

Nuevamente cogió la pluma para seguir escri-



los semanarios, no pasaban de ser una ayuda; pero valía la pena de intentar la emancipación en España ó fuera de España... volar á París, procurarse medios de vida dentro de la esfera artística únicamente y trabajar, trabajar mucho hasta ponerse en condiciones de ganar una medalla. ¿Por qué no había de intentar el vuelo? Solo, sin la responsabilidad de una familia que no debe comprometerse en una aventura ¿por qué no ensayar aquel gesto de rebelión que sentía, á veces, gritarle desde la conciencia, empujándole hacia otra vida más libre y más suya? Sí, era preciso arrojar, para poder remontarse, el lastre aquel de tantas horas de café y de tantas resignaciones... Era preciso. Aquella tarde, más rebelde que nunca, meditaba de esta suerte Sagaseta frente á la taza de café puro, aún no apurada, y entre el humo del cigarro...

Y á tales conclusiones llegaba en su monólogo íntimo, cuando Paco vino á traerle la correspondencia del día que acababa de entregarle el encargado del mostrador. Acostumbrado á robar de patrona en patrona, Sagaseta había establecido, desde hacía tiempo, su domicilio oficial en «El Argentino». Allí recibía siempre su correspondencia y allí iban á buscarle cuantos querían verle. Don Félix—como le llamaban los camareros—era, más que parroquiano, inquilino de aquel establecimiento.

Sagaseta abrió su correo. Componíanlo una revista ilustrada de París eminentemente artística, una carta del interior pidiéndole unos dibujos y firmada por el gerente de cierta empresa editorial y otra carta procedente del extranjero.

«Renovarse ó morir», había dicho el poeta italiano, y él sentía la imperiosa necesidad de una inmediata renovación. Pesábale el medio en que respiraba como una esclavitud y ya era hora de sacudir la cadena. A emigrar, pues. Nuevos horizontes se abrían á su paso; la vida era un privilegio que había que conquistar á viva fuerza, no esperando pacientemente á que derramara el maná de sus dones.

Arrullado por estos pensamientos, largo rato estuvo apurando cigarrillos, con los ojos medio cerrados, reclinada la cabeza en el ángulo y sobre el mullido respaldo del diván. El castillo de sus sueños fué creciendo, creciendo... y se vefía ya en tierra americana y en pleno triunfo, abrumado de oro y de laureles. Aquella tarde abandonó el café mucho después de la hora acostumbrada.

No durmió bien. La interior inquietud hubo de traducirse en estado nervioso. Cuando se levantó sentía peso en los ojos y torpeza en los movimientos. El baño le despejó mucho. Salió á la calle y emprendió el habitual camino. Era una clara mañana de fines de invierno. Los arbolillos del paseo prometían cubrirse pronto de hoja. Al pasar junto al convento, la campana de las monjas dióle los acostumbrados buenos días, que Sagaseta no hubo de oír. El pobre Sagaseta iba un poco atorlondado, harto removido el espíritu por encontrados pensamientos que reñían sin igual batalla. Se trataba de un acto decisivo, transcendental... según su criterio de hombre púgilánime. Se trataba nada menos que de coger la pluma para redactar la petición de excedencia.

biendo. Y hubo de dejarla por segunda vez, obediente á una voluntad superior.

¿Qué le pasaba? ¿Qué fuera de aquellos ímpetus, de aquellos sueños, de aquellas viejas ansias de aventura, del fiero arranque y los decididos propósitos del día anterior?

Era el miedo al azar y á la vida triunfando sobre la voluntad; era la fuerza poderosa de la costumbre que encaminaba su existencia, apresándola, por entre rieles inacabables... Eran la rutina y la resignación venciendo á los ideales, poniéndoles alas de plomo.

Contemplando estúpidamente el pliego comenzado, Sagaseta sintió que en un momento, de un solo golpe y ante un pedazo de papel, se le moría la juventud, y acaso con ella la de muchos hombres de su época, escépticos, abúlicos, fríos ó cobardes. El espíritu se le había insensibilizado, enmohecido y era, dentro de aquellas paredes abarrotradas de legajos como un legajo más, polvoriento e inútil...

Ordóñez y Rodríguez, dos de sus compañeros de negociado, hicieron su entrada juntos.

—Buenos días, señor de Sagaseta.

—Buenos días, señores.

—Usted, como siempre, el primero—añadió Rodríguez.

Sagaseta, guardando en el cajón el pliego comenzado, repitió maquinalmente:

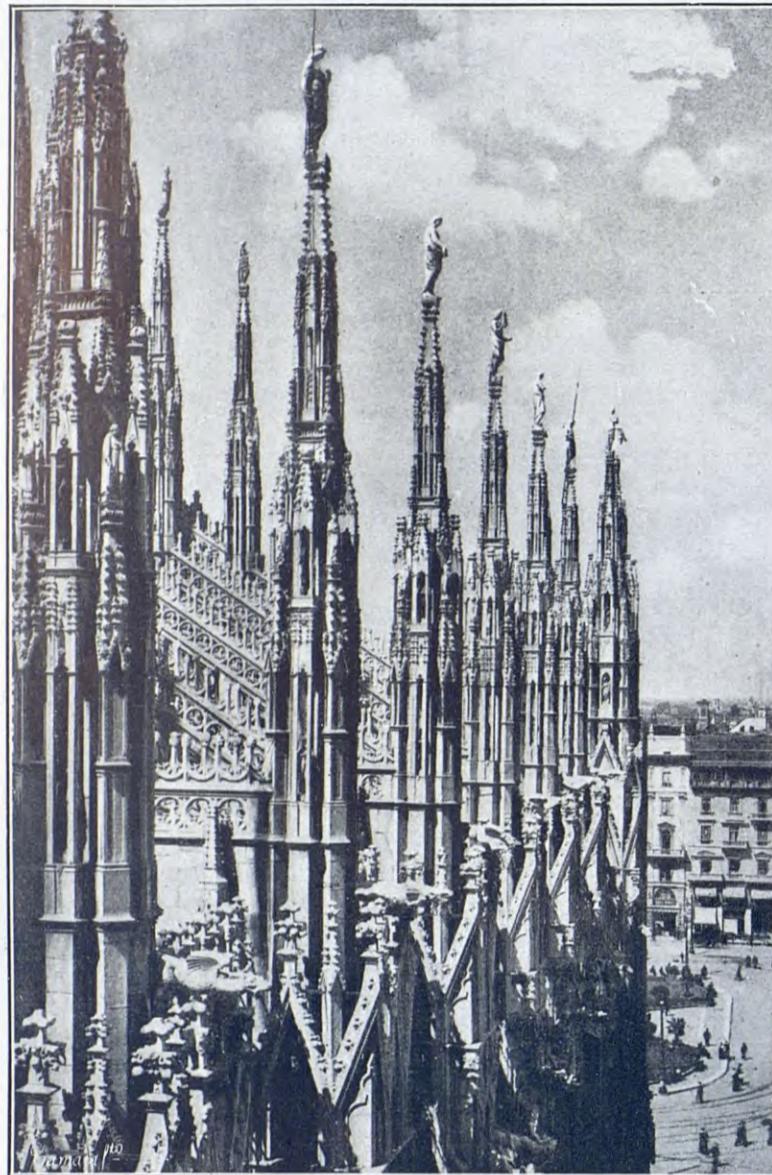
—Como siempre.

J. ORTIZ DE PINEDO

DIBUJOS DE MANCHÓN



UNA CATEDRAL DE ENCAJE



Detalles de la parte alta de la catedral de Milán

CIERTO día del año 1386, en una gran llanura, más que arrabal, de la que surgía la gran torre de San Gotardo, inicióse un hormiguelo humano que ya no debía cesar hasta un siglo más tarde.

Uno tras otro llegaban grandes bloques de mármol; discutían arquitectos lombardos, alemanes y franceses; anticipaban el concierto de las campanas los martillos; y bajo el sol de Italia, que tan gloriosos amanecidos ha incendiado, la piedra, combinándose á ras del suelo, tenía ritmo de estrofa, elevación de plegaria, amplitud y armonía de ensueño.

También suscitó, como hembra, vivas y enconadísimas disputas. Los artistas del Norte combatieron tenazmente contra los del Mediodía. Dominada la piedra por la turbulencia de tan encontrados amores, tuvo desmayos y arrogancias, oró y rezó, fué risa y fué austereidad.

Víctima, y á la vez dominadora de aquellos italianos, galos y teutones, la mole de mármol padeció, cual si palpitante carne fuese, estremecimientos de voluptuosidad y flagelaciones de ascetismo.

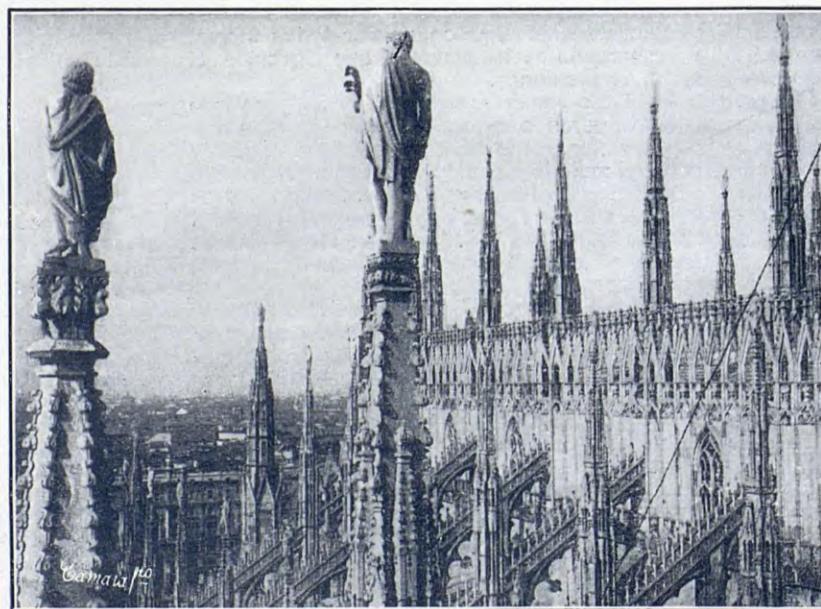
Y á fines del siglo xvi, fallecidos los tropeles revoltosos de combatientes, hermanada la belleza con

la fe, endomingado el sol, disipada la Babel de estilos, amores y tendencias, surgió, con sus 116 airoosas agujas y sus 6.000 estatuas, la Catedral de Milán, el maravilloso y pintoresco *Duomo*.

Sucintamente contada, esta es la verdad oficial. Así se expresan los historiadores y los críticos. Pero... viendo tan hermoso templo, orgullo y florón de la Lombardía, la noble contienda de los arquitectos italianos, franceses y alemanes, truécase, por mandato de la bruja imaginación, en dichoso conjuro de encajeras, humildes, diligentes y sutiles, como las de la dulce Malinas ó la melancólica Brujas.

No tiene acaso esta Catedral, exteriormente, aquella severidad de otras góticas. Por eso se nos antoja femenina, adorabilmente femenina. El misticismo ha de ser siempre ceñudo, austero, sombrío y grave? La plegaria que el *Duomo* eleva al cielo es ráfaga de líneas, canción luminosa, alondra de mármol cálido y palpitante, animado de la poderosa vida de la fe.

El *Duomo* corrobora la sospecha de que un pueblo que cree, puede sonreir. Italia cubrió siempre con una rosa la llaga. Sus *Madonas* tienen los mismos ojos ardientes y hermosos de sus *Venus*. Respondiendo á ingénita volubilidad, la Iglesia y el Arte pactaron de un modo tácito, y los pintores buscaron, por temperamentales imposiciones, antes quizá que la tradición religiosa, la orgía pagana del colorido.



Vista parcial de la catedral desde una de las torres

Si Fra Angélico llora en su convento de Fiéscole pintando una *Madona* ideal, Miguel Angel comunica, dando un martillazo al *Moisés*, el habla del genio, y hace de la piedra una voz. El mismo Veronés, abrumado de encargos por las Comunidades, más artista que cristiano, sin asomo de herejía, apóstol de la opulencia, del fausto, de la hermosura, rinde, como otros tantos insignes compañeros suyos, pleitesía al anacronismo, pintando en su cuadro *Las bodas de Caná*, junto al Nazareno á Leonor de Austria, á Francisco I, á la marquesa de Pescara, al Tintoretto...

□□□

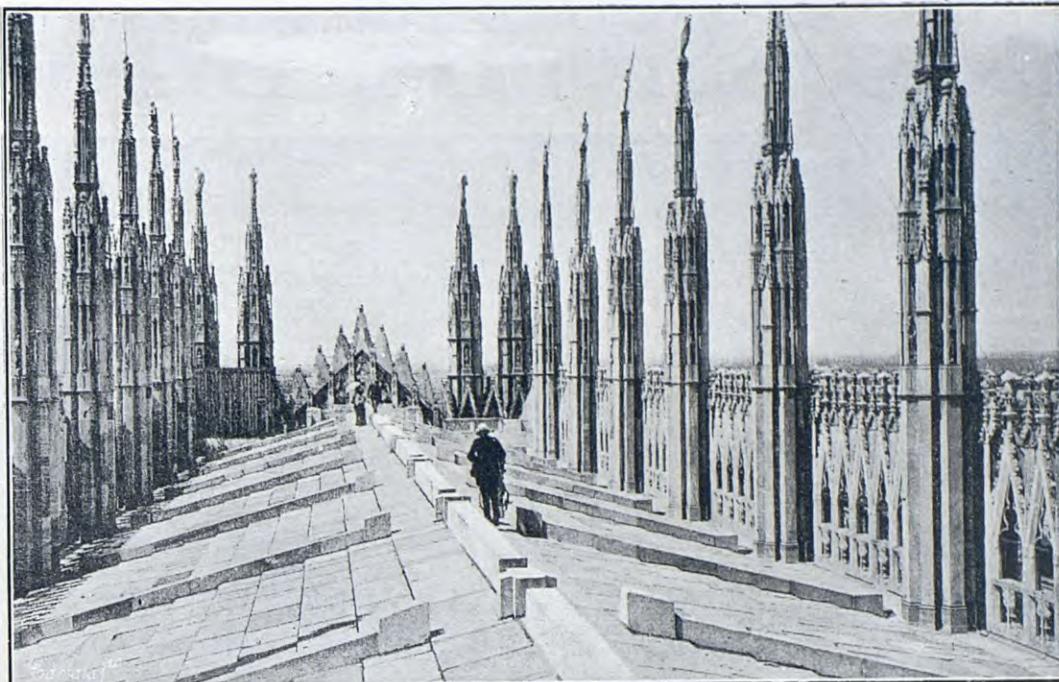
Como una voluta que guarda en su seno el rumor del mar, la Catedral conserva en su recinto, amplio y sonoro, la grandeza del misticismo que levantó sus magníficos pilares y sus vidrieras—las mayores, tal vez, del mundo,—en las que la magia de la policromía sigue poniendo una nota que quiso ser aplanadora, y es confortante.

Pero el viajero, que conoce y ama la penumbra imponente de los templos de Castilla, atravesia presuroso las naves, y busca la escalera que á lo alto del *Duomo* ha de llevarle, á la luz, al aire tibio, á la inmensidad bañada en sol.

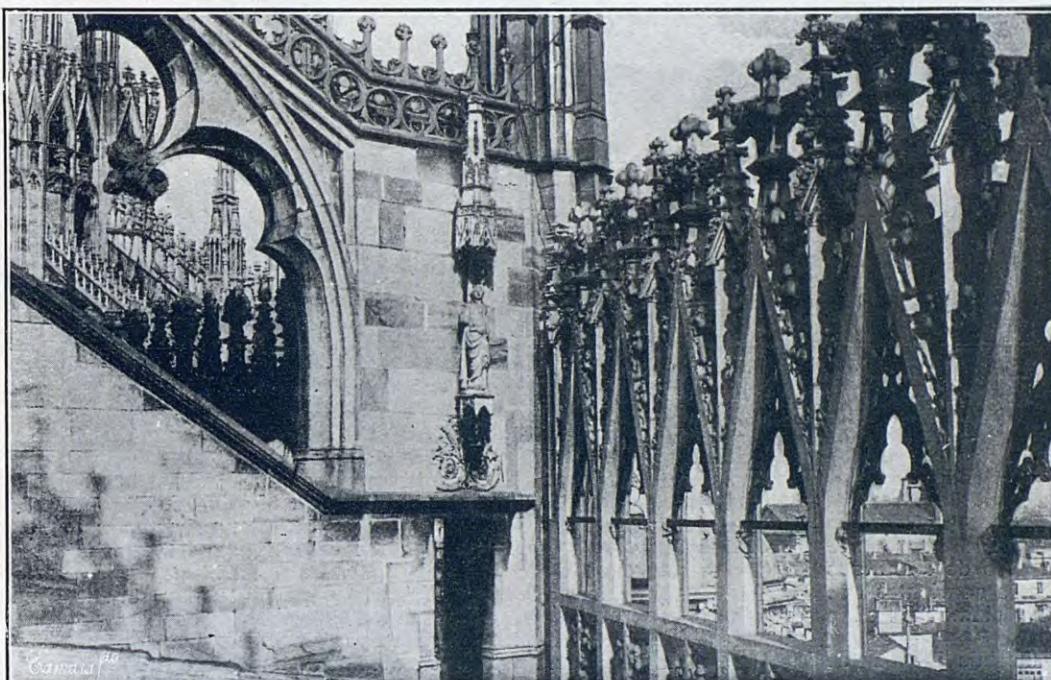
¿Conocéis el pueril gozo de subir á una torre ó de acodarse en el pretil de un viejo puente para ver cómo huye, á vuestros pies, el agua oscrosa de un Tajo, de un Arno, de un Tíber?

Quizá la confusa convicción de que vivimos demasiado á ras de tierra es lo que nos mueve á subir cerca de quinientos escalones, jadeantes de cansancio y también de ilusión.

Desde lo alto de un edificio cualquiera, la ciudad vieja que se nos aparecía intrincada, hermética y rebelde, es una simpática amiga que sonríe, sin dobleces ni reservas. A cien metros de altura, su coquetería, su grandeza, son diáfanas, cautivadoras, fácilmente comprensivas. La plaza de la Concordia, las Tullerías y el Sena, no dan, aun tan estupendamente avenidos, la impresión de que París es grande. Subid, en cambio, á las torres de Notre-Dame, á la colina de *Sacré-Cœur*, al piso tercero de la pirámide de Eiffel y hendiendo la grisura de las edificaciones, veréis precisarse el gesto



La azotea de la catedral de Milán



Detalle de una de las balaustres



Filigranas de la arquitectura gótica en la catedral de Milán

enorme, incomparablemente abrumador, de la capital francesa.

□□□

Ya sobre la bóveda del *Duomo*, zarandeados por el viento, en medio del singular y deleitoso silencio que reina en los sitios elevados, la mole de mármol es una seducción incansante.

Blanca, esbelta, riente, palacio de espuma, sueño de encaje, reverberante bajo el sol, la Catedral de Milán es única. Su arquitectura tiene acentos que no puede envidiar á la música. Todo el *Duomo*, frágil y afiligranado, es un concertante, un himno, jamás extinto, que desde hace quinientos años oyen los milaneses, tan aficionados á la filarmónica...

Si queréis, lapiedra es una *diva* más, la *prima donna* autoritaria y gentil. Agujas, rosetones, hornacinas, balaustres, quimeras, ángeles, gárgolas y santos: todos, por su ondulante, alada y leve hechura, cantan. Lo material se volatiliza; si gustáis, no será solemne este mundo de piedra, pero sí gracioso.

Extinto el músculo, prevalecerá la líneal. Y, si una infantil emoción nos secuestra, ¿no imaginó el hombre la Gloria, sino como un sitio inefable, donde se canta, se canta á todas horas, se canta siempre?

Opte, pues, el adusto, el rebelde á toda impresión circunstancial, por suponer que, arquitectónicamente, en el *Duomo* milanés comienza el Teatro de la Scala ó se pisa el umbral de esa Gloria...

Nosotros, meridionales, en esta capital de la Lombardía, que antaño fué española, nos dejamos subyugar por la gentileza de los arbotantes, de las flechas, de las cresterías, tan armónicamente femeninos.

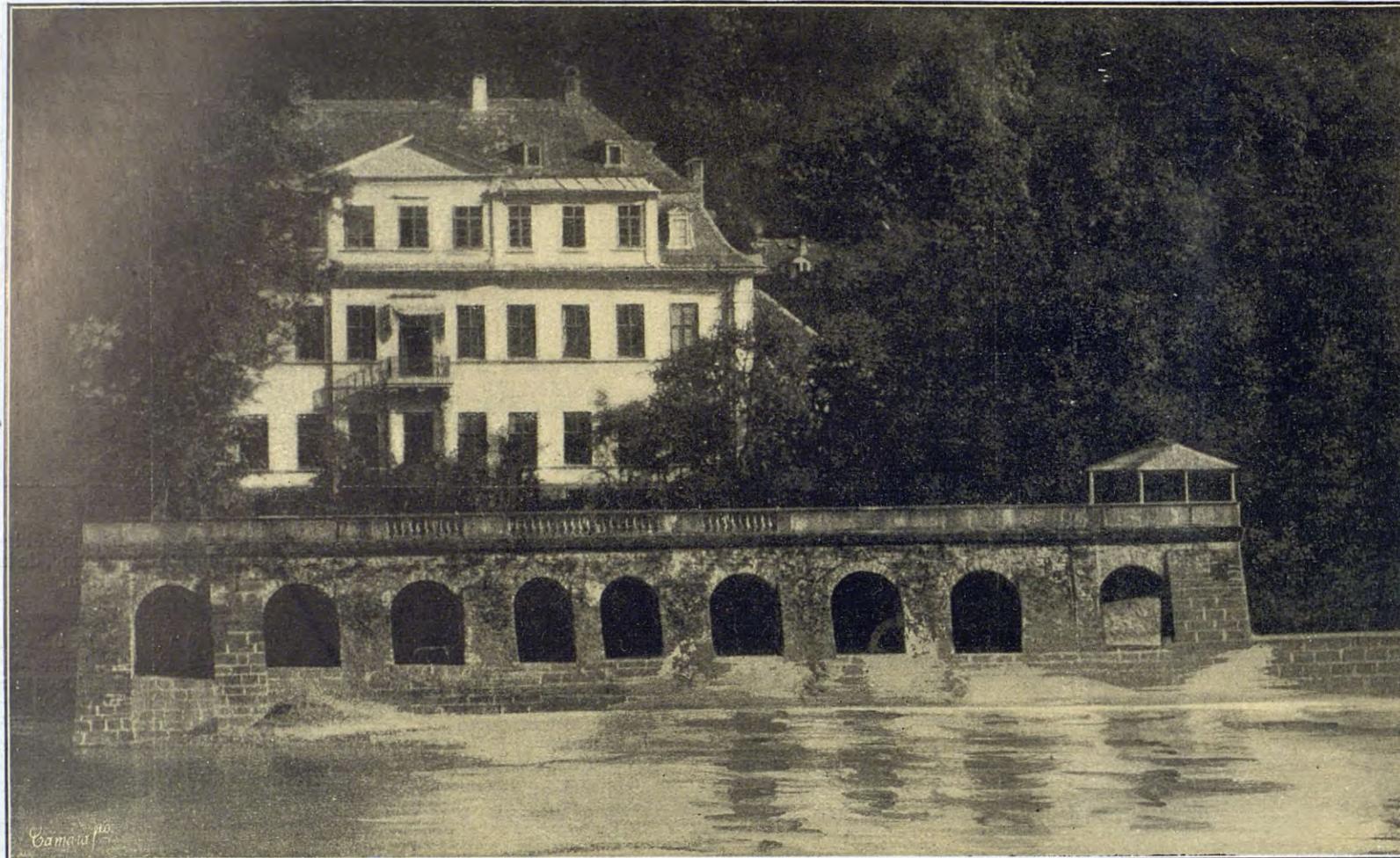
A nuestros pies, hormiguea Milán. Más lejos, los campos suaves, color de miel y color de violeta, se desparan...

La bruma borra las cimas de los Alpes entre la que debe yacer, como un tesoro, la pedrería de la nieve...

Y de pronto, desde la torrecilla que remata la estatua de la Virgen, caen varias campanadas, que dan á esta hora toda su inolvidable y apetecida sonoridad. El corazón del viajero y el bronce se sienten, entonces, más hermanos que nunca.

E. RAMÍREZ ANGEL

ALEMANIA ROMÁNTICA
LOS NIETOS DE WERTHER



Palacio de SS. AA. los príncipes de Sajonia Weimar, en Heidelberg

EN Heidelberg, hay un palacio que data del siglo xviii. Es amarillento, tiene techos de pizarra, un jardín tristón, que lo separa de la calle, y una terraza enorme sobre el río. En sus salones las sedas pálidas de los muros sirven de fondo á retratos al óleo de caballeros con blanca peluca y de damas sonrientes que tienen carmín en las mejillas y plumas entre los cabellos empolvados.

Es la Casa-Weimar, la morada familiar de SS. AA. SS. los Príncipes de Sajonia Weimar.

La primera vez que estuve en aquel palacio era á principios de invierno. Acababa de llegar á Heidelberg para estudiar en su Universidad.

Mi alma juvenil, presa del encanto extraño de la ciudad, encontró en aquella casa la quinta esencia del romanticismo que perfuma á Heidelberg.

La Infanta doña Eulalia, huésped á la sazón de los Príncipes de Sajonia Weimar, me presentó á SS. AA. Estaba anocheciendo. Por las inmensas ventanas del salón, que dan al valle, entraba una claridad vacilante. A través de la niebla, densa, se apercibía un fantasma de paisaje medioeval.

—Nuestra Alemania —dijo la Princesa Gertha, mostrando la ventana abierta, —es melancólica para el extranjero; pero cuando se llega á conocerla se apasiona uno de ella.

S. A. es una mujer alta, delgada, con el pelo rubio y la voz

acariciadora. Aunque la penumbra de aquella hora no dejaba ver el detalle de sus facciones ya un poco ajadas, había en sus palabras y en la languidez de su actitud cierto matiz de cansancio, que daba la sensación de esas rosas, medio marchitas, cuyo olor aroma una capilla solitaria. Con la Princesa Gertha había otras personas: su marido el Príncipe Guillermo, una Princesa de Issemburgo Bierstein, que vivía en la Corre de Darmstad y había venido en automóvil á pasar la tarde; Enrique Thode, el célebre profesor de Arte; su mujer, que es una hija de Cósima Wagner, y la Princesa Sofía.

Sofía, Princesa de Sajonia Weimar, Duquesa de Sajonia, tenía, á la sazón, diez y ocho años. Acababa de vestir el traje largo é iba pronto á ser presentada en la Corte de Berlín, donde estaban sus hermanos los Príncipes Hermán y Alberto, oficiales de la Guardia Imperial. Era una muchacha fresca y llena de vida que no había salido nunca de Alemania y rara vez de Heidelberg. Hablaba el francés y el inglés correctamente y había leído mucho.

Con encantadora torpeza de colegiala, sirvió el te. Después, sentóse en el corral y fué toda oídos.

—Este pequeño Heidelberg —dijo el profesor

Thode—es una de las ciudades alemanas que mejor ha conservado la tradición de la raza. Aquel movimiento científico y literario, de principios del siglo xix, que se llamó Renacimiento, buscó aquí fuente de inspiración y de enseñanzas. En Heidelberg, como en Weimar y en Leipzig, no se apagó nunca el hogar alemán, cuya sublimación romántica originó la Unidad del Imperio.

—Heidelberg —respondió la Princesa Gertha—es y será siempre romántico, porque está lleno de muchachos y la juventud alemana es, por idiosincrasia y por educación, romántica.

—Qué mozo alemán no habrá llorado las penas de Werther, ni soñado con Carlota?

—O esperado á Käthi —añadió sonriendo Herr Thode.



Retrato y autógrafo de la princesa Sofía de Sajonia

—¿A Käthi?—pregunté yo.

—No conoce la historia? Aquí la sabe todo el mundo. Fueron los amores de un Príncipe de la Casa reinante de Lippe, que vino de mozo á estudiar en la Universidad, con una camarera de cervecería llamada Käthi. La leyenda dice que era rubia y que tenía los ojos azules. El Príncipe heredó el trono y tuvo que tronchar su idilio, dejando el alma en Heidelberg. Un escritor de talento, Meyer Förster, ha escrito sobre ese asunto una comedia muy aplaudida: *Viejo Heidelberg*.

Los príncipes estudiantes que aquí vienen [y Dios sabe cuántos hay] traen el secreto anhelo de encontrar á Käthi. Y no he de decirle si las camareras que trotan por esas cervecerías no pensarán en encontrar á su príncipe.

Todos los estudiantes—dijo sonriente el profesor—sueñan con su idilio. Lo grave es que la raza tiene un fondo profundamente sentimental y que las exaltaciones amorosas de nuestra juventud suelen producir tragedias terribles, demasiado frecuentes, por desgracia. Raro es el año en que no cae, agujereada por balas suicidas, la cabeza de un niño enamorado. El último se mató, hace dos ó tres días, en el Gallo Encarnado, porque una moza le desdenaba. Era un joven de quince años, excelente alumno.

Y esto mismo pasa en Halle, en Jena, en Marburg, en Gissen, en todas nuestras universidades, ¡es espantoso!

Hubo una pausa.

Se encendió la luz.

—Hace mucho tiempo—dijo la Princesa Gertha—que todos deseábamos conocer á la Infanta Eulalia, que es parienta nuestra. Con ella ha entrado en esta casa una ráfaga de la vida del mundo. Mi hija Sofía sueña con las cosas que le cuenta de París y Londres.

—Muy hermosas—dijo la gruesa Princesa de Issemburgo—deben ser esas ciudades del extranjero; pero yo prefiero á todas, mi Corte pequeña de Darmstadt, tranquila y honradota, donde todos nos conocemos y no hay malas gentes, aunque por desgracia ya se está contaminando también. ¡Nuestro Gran Duque es demasiado benévolos con los revolucionarios!

—El Gran Duque de Hesse recibe á los socialistas en su Palacio, les invita á comer y se digna discutir con ellos sobre asuntos de Estado—dijo el profesor.

—Le llaman en Alemania el Gran Duque Rojo.

—Amarillo debieran decir, porque ese color es el que prefiere. En sus habitaciones y á su alrededor todo es amarillo—afirmó la Princesa Gertha.

—Pronto—dijo la princesita Sofía—dará un baile en que todo, desde las luces hasta las libreas de los criados será amarillo. La *Gaceta de Darmstadt* habla ya de él.

—Los Príncipes alemanes—respondió la madre—han solido, siempre, mostrar predilección por un color. Nunca olvidaré la pasión de Luis de Baviera por el azul, ni la de su hermano el desgraciado rey Othon por el rosa.

Durante un par de horas se deslizó la conversación en un tono amable de confidencias y anécdotas en que la Princesa Gertha evocaba sus recuerdos, y su hija Sofía daba rienda suelta á su curiosidad.

Dos años pasé en Heidelberg y durante su transcurso vi casi á diario á los egregios habitantes del Palacio Weimar.

Aislados de la población, por lo encumbrado de su nacimiento, vivían los príncipes muy retraídos.

De vez en cuando daban un almuerzo ó una comida en honor de una alteza turista que pasaba por Heidelberg. El forastero se iba y el Palacio recaía en su melancólico silencio.

Es el Príncipe, Guillermo de Sajonia Weimar, hermano del ultimo Duque reinante en dicho Estado. Diferencias con él y una fortuna no muy

victimas regias. El veneno de los idilios trágicos se iba deslizando en la copa de los Weimar.

Un día fué el Príncipe Hermann, el heredero del trono de Sajonia Weimar, quien bebió de un trago el tóxico y anuncio á sus padres que renunciaba á Corona, patria y honores por seguir á una mujer, con quien se casó, abandonando para siempre Alemania y trocando su nombre escatificado por un título de pacotilla. La Princesa Gertha que adoraba á su primogénito, hermoso mancebo, lleno de inteligencia, le lloró como muerto. ¡Es mi pobre hijo demasiado bueno, demasiado recto y generoso para ser feliz, exclamó al conocer la noticia.

Pero otra desgracia se cernía ya sobre la triste madre.

La Princesa Sofía, aquella niña ingenua, que yo conocí en una tarde de invierno, se suicidó en su Palacio de Heidelberg el año pasado.

El ambiente de amores juveniles que encendía los corazones en torno de la bella Princesa de cuenca azul, prendió en su almita de veinte años.

No fué un Príncipe, ni siquiera un Duque el que despertó los amores de Sofía de Sajonia, sino un simple estudiante del *Korps Westfalia*, un mozo apuesto, de los que llevan gorra y banda verde, se bate en la *Hirchgasse* y cantan á la juventud en las noches de verano.

La Princesa Sofía tuvo su idilio, como las camareras y las modistillas de Heidelberg, vivió como ellas los intensos días de la ciudad del Neckar, aquellos que jamás se olvidan, gustó el sabor de los paseos por el bosque, de las excursiones por el río y de las galopadas en trineo al lado del novio.

Pero tras el idilio vino el drama: las dificultades de todo género, que se oponían al matrimonio, las separaciones dolorosas, las angustias de la ausencia, la desesperanza y la desesperación.

Acaso una tarde, en que el olvido del ausente ponía la gran fatiga del vencimiento en el espíritu de Sofía de Sajonia, encontró el ejemplar de *Werther*, de la primera edición, que tiene anotaciones de puño y letra de Goethe y se guarda en la Biblioteca del Palacio.

La Princesa salió sola y volvió cargada de flores que había recogido á orillas del Neckar.

A la mañana siguiente se la encontró muerta en su lecho virginal, rodeada de aquella primavera que

ella misma había segado, para dormirse sobre ella. Fué la terminación trágica de un idilio puramente romántico. El suceso conmovió la Europa sentimental.

ooo

He vuelto á Heidelberg.

Los muchachos rién, se batén y aman.

Allí están las mismas casas, las mismas ruinas, los mismos bosques que yo dejé.

Heidelberg es siempre la ciudad alegre de la juventud.

El Palacio de Sajonia Weimar estaba cerrado y mudo; pero en su jardín retoñaban ya los árboles y se iniciaba una nueva primavera.

MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN



PRINCESA SOFIA DE SAJONIA NEIMAR

cuantiosa le indujeron á buscar el retiro de Heidelberg.

La Princesa Gertha, su mujer, que ha pasado gran parte de la juventud en Italia, es apasionada por las Bellas Artes. Toca el piano y el arpa y pasa largas horas en aquella Biblioteca del Palacio, decorada por Boucher, que perteneció al Gran Duque Bernardo, el amigo de Goethe.

La vida familiar era monótona y apacible: la música, el *sport*, las excursiones.

Siempre el mismo horizonte de abetos y de ruinas y el dolor del Neckar que corre á morir en el Rhin.

Bajo la monotonía de vivir burgués, se preparaba silenciosa y cautelosamente una tragedia. El encanto romántico de Heidelberg acechaba



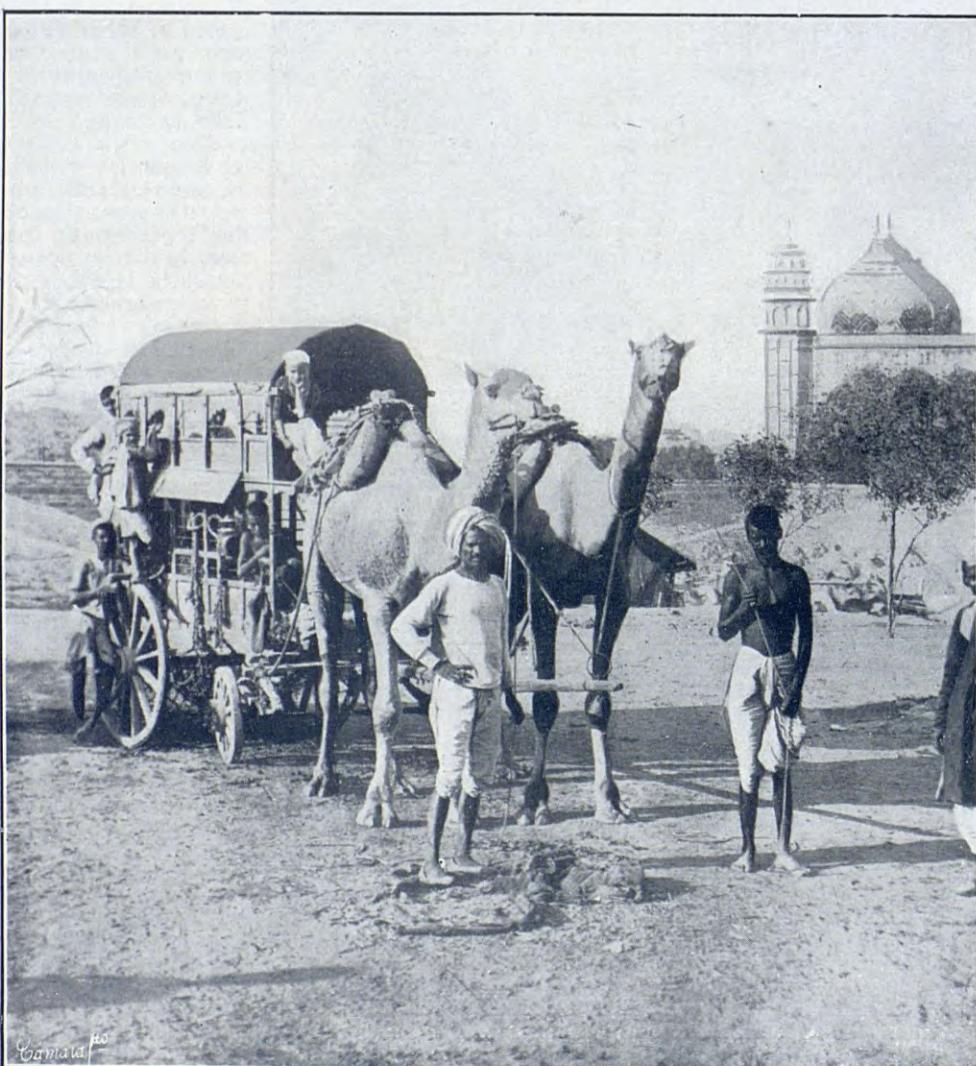
Búfalos tirando de una carreta en Bandan (islas Filipinas)



Un palanquín en la India conducido por coolies, y en el que aparece una belleza bengali

FOTS. UNDERWOOD

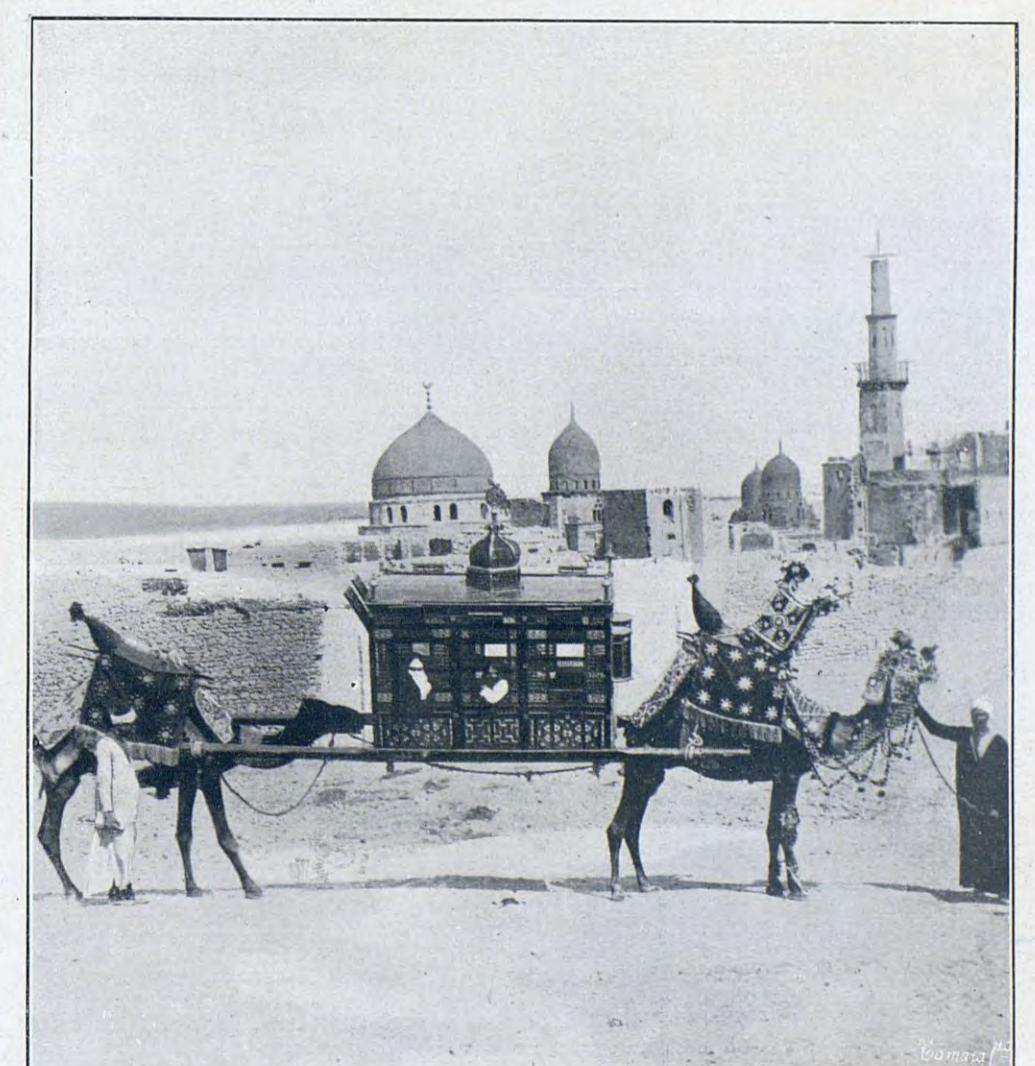
En el estudio del documento humano, el de los medios de transporte empleados por el hombre a través de todas las longitudes, interesa no sólo al economista, sino al amador de lo pintoresco. Y a ese título ofrecemos en esta página algunos curiosos tipos de vehículo. Uno de ellos, el palanquín, tiene remotsísimo origen, sin que hayan logrado los autores ponerte de acuerdo acerca de si fué la India, China ó el Japón, la inventora del cómodo artefacto, inspirado en las andas destinadas a llevar procesionalmente las divinidades, y que luego los mortales adoptaron para su uso y regalo. De los diversos modelos de vehículo que al viajero pueden llamar más la atención, en tierras exóticas, dos de ellos atraen especialmente las miradas: uno es la historiada litera, con honores de camarín portátil, que en el Cairo, y desde hace muchos siglos, sirve para el transporte de las veladas y misteriosas beldades del harén; otro es el monumental carroaje de parada, que en las grandes solemnidades de la India inglesa y arrastrado por una pareja de elefantes, engualdrapados con esa magnificencia bárbara del Oriente, se destina a los altos personajes que forman las comitivas de los rajás y altos dignatarios del Gobierno británico. También son curiosos tipos de vehículos la *roulotte* de los nómadas indostánicos y el carreton, tirado por carabaos, de las islas Filipinas.



Pareja de camellos arrastrando un coche de nómadas en la India



Carroza de Estado tirada por una pareja de elefantes en la India



"La nave del Desierto". Litera conducida por camellos en el Cairo

EL PALACIO DE LIRIA
RESIDENCIA DEL DUQUE DE ALBA



Armadura histórica de la casa de Alba

Yo conservo como una de las más delicadas impresiones artísticas, mi primera visita al señorío palacio de Liria que es hoy morada de D. Jacobo María del Pilar, Carlos, Manuel, Stuart Fitz-James y Portocarrero, vii duque de Alba y x.^o de Berwick. Os parece olvidar allí la vida moderna; tal es el respeto á la gloriosa tradición que preside esta casa. La rodean jardines sencillos, grandes cuadros de césped, en donde se alzan los árboles viejos que ocultan el sol sobre campos de tennis, fuentes que conservan el secreto de muchos amores y en sus bellas alamedas se presenten figuras de épocas remotas. Fué Ventura Rodríguez el que trazó los planos del palacio, sobre el que campean los nobles escudos de los Alvarez de Toledo.

Detallar las maravillas que encierra este rico caserón, enumerarlas solamente, no es obra para un artículo de revista. Todas las edades están representadas en él con sus pintores, grabadores, escultores, estilos diversos en admirable armonía, textos de mérito inconcebible, labores maravillosas en tapices, porcelana, marfil, armas...

Al subir por la magnífica escalera de honor, nos saluda el gorjeo de los ruiñones, que es el orgullo del viejo portero que los cría y la alegría del duque, que los exhibe complacidísimo.

De los festeros cuelgan antiguos tapices; dos armaduras guardan la puerta que da acceso al piso, y ya admiramos una lámpara de bronce monumental y los retratos de Jacobo II y Carlos II de Inglaterra, ascendientes de los Alba.

En el vestíbulo hay un oso que el conde del Montijo, intrépido

cazador, trajo de una expedición; un cocodrilo admirable, y colmillos de elefante, artísticamente colocados.

El salón de vitrinas es obra de la duquesa madre, y en él se conserva aún la mesa que la noble dama colocó para sus trabajos.

Hay en esta sala, libros, autógrafos, grabados de inmenso valor. Vemos un diario de á bordo del insigne descubridor de América; de su propia



EL PRIMER DUQUE DE ALBA
Retrato del Tiziano



Armadura histórica de la casa de Alba

mano está dibujada la costa que él conocía, y se ve escrito por él: «isla española», y en distintos puntos: «San Nicolás», «Natividad».

También se conservan aquí las capitulaciones matrimoniales de doña Juana y don Felipe el Hermoso. Adornan la estancia, un Rembrandt, que representa El Descendimiento de la Cruz, cuadro verdaderamente efectista, choques de color, contrastes geniales...; un Murillo, retrato que hizo de su hijo, y un paisaje de Rembrandt, verdaderamente notable.

En la habitación inmediata, «Despacho de la duquesa», hay un retrato de la emperatriz Eugenia y otro de su hermana, una duquesa de Alba, ambos obra del inmortal Winterhalter.

Doña Sol, la actual duquesa de Santoña, ofrece todo el enigma de su bella expresión en un retrato de Madrid.

Rodean el cuarto bellísimas miniaturas, maravillas en su género, y entre ellas un duque de Fernán-Núñez, de Englebert.

El antiguo tocador es alegre, sencillo, con grandes y blasónados espejos de plata, y un tapiz de fuertes tonos que representa el Baño de Diana.

En el salón blanco hay un clavel cerrado. No se tocó hace años... Sobre él hay unas cuantas partituras; Roberto il diavolo es una de ellas; acaso fué la última que unas manos ducales interpretaron.

Una vitrina encierra cameos, miniaturas de familia, y otros objetos.

Pasamos á un salón pequeño, tapizado espléndidamente, en el que hay admirables porcelanas de Sévres y Sajonia.

El salón de baile, con su lindo parquet moderno, no ha recibido



Fachada principal del palacio de Liria

FOTS. CAMPÚA



Camara 100

LA CONDESA DE MONTIJO CON SUS HIJAS, cuadro de Goya, propiedad del duque de Alba





Vestíbulo del palacio del duque de Alba

aún el bautizo de la danza; lo construyó aquella Duquesa, cuyo recuerdo sentimos aquí constantemente evocado. No quiso su hijo que nadie bailara después allí.

Cuarto de los Goyas se llama el que ostenta el famoso retrato de la Duquesa de Alba y su diminuto perro. Ostenta la dedicatoria de su autor: «A la Duquesa de Alba. Fr. de Goya 1795». La ilustre dama fué grande apasionada de cuanto había de clásico español; amaba las corridas de toros, las fiestas de manolas y chisperos.

En este salón hay otro Goya, retrato de la cuarta Condesa del Montijo, rodeada de sus hijos la Condesa de Parcent, Marquesa de Cazán, Condesa de Villamonte, y otra.

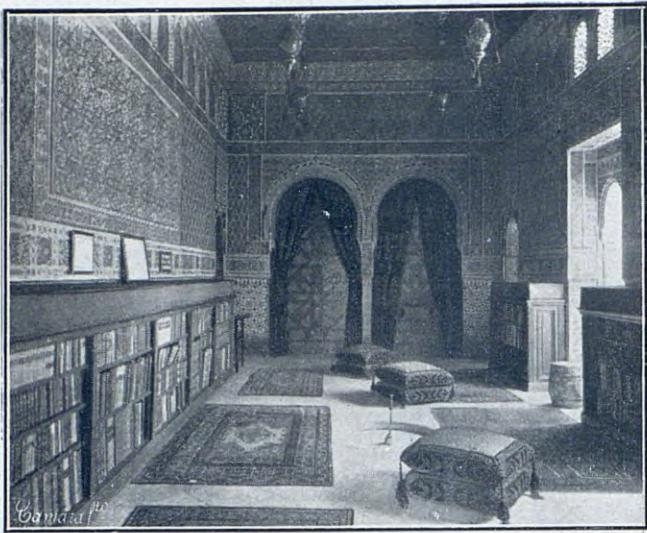
También aparece retratada por el genial artista la Marquesa de Cazán, sola, y es ésta una de las más notables obras.

En el salón de verano hay tres riquísimos tapices: el central debido á Cosette, del siglo XVIII, y á los lados dos, admirables, que representan á Napoleón III y la Emperatriz, tía carnal del anterior Duque.

En el salón rojo está el retrato de Jacobo Eduardo, «El



EXCMO. SR. D. JACOB
STUART FITZ-JAMES
Y PORTOCARRERO
Actual duque de Alba



Salón-biblioteca del duque de Alba

caballero de San Jorge», de un anónimo pintor francés, con cuadros de Mengs y Richard, y uno de la escuela flamenca, de Breughel, que representa *La vanidad humana*: una mujer rodeada de pájaros, flores, joyas, trofeos, armas, un amorcillo que le ofrece pasiones, y en el fondo alegorías de la gula y la avaricia.

El comedor es verdaderamente regio. Allí refugian las copas ganadas en innumerables campeonatos de polo. Hay una que es para el Conde del Montijo, galardón inapreciable, porque es ésta la primera vez que la ha conseguido sacar de Inglaterra un extrajero; se trata del *Hurlingham Champion Cup*, é inscrito en ella está el nombre de los ganadores, que fueron Peñaranda (título con que es conocido en Inglaterra el Conde del Montijo), Palmer, Tonkinson y Barret.

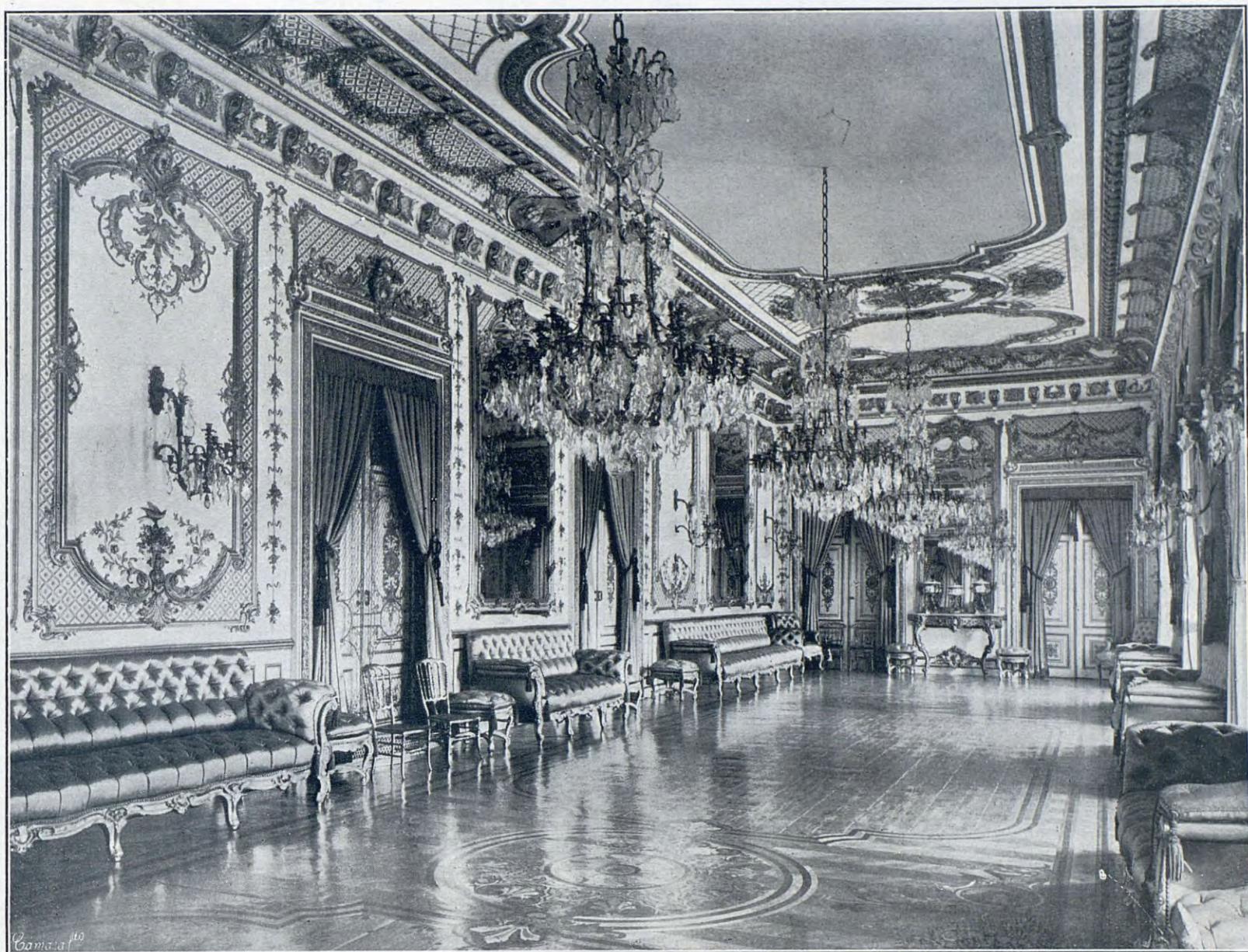
De estampas hay en el palacio más de 11.000, pero con las mejores se ha decorado un salóncito, y entre ellas figuran de Durero, Rembrandt y Van Dyk.

En el despacho del duque hay un Velázquez, retrato de la infanta Margarita; otro de personaje desconocido de Jacobo



Sala de «las batallas», en la que se conservan todos los objetos pertenecientes al primer duque de Alba, y cuyas paredes cubren tapices de incalculable valor

FOT. CAMPÚA



Gran salón de recepciones del duque de Alba

Palma el Viejo, y un retrato del niño de Van Dyk.

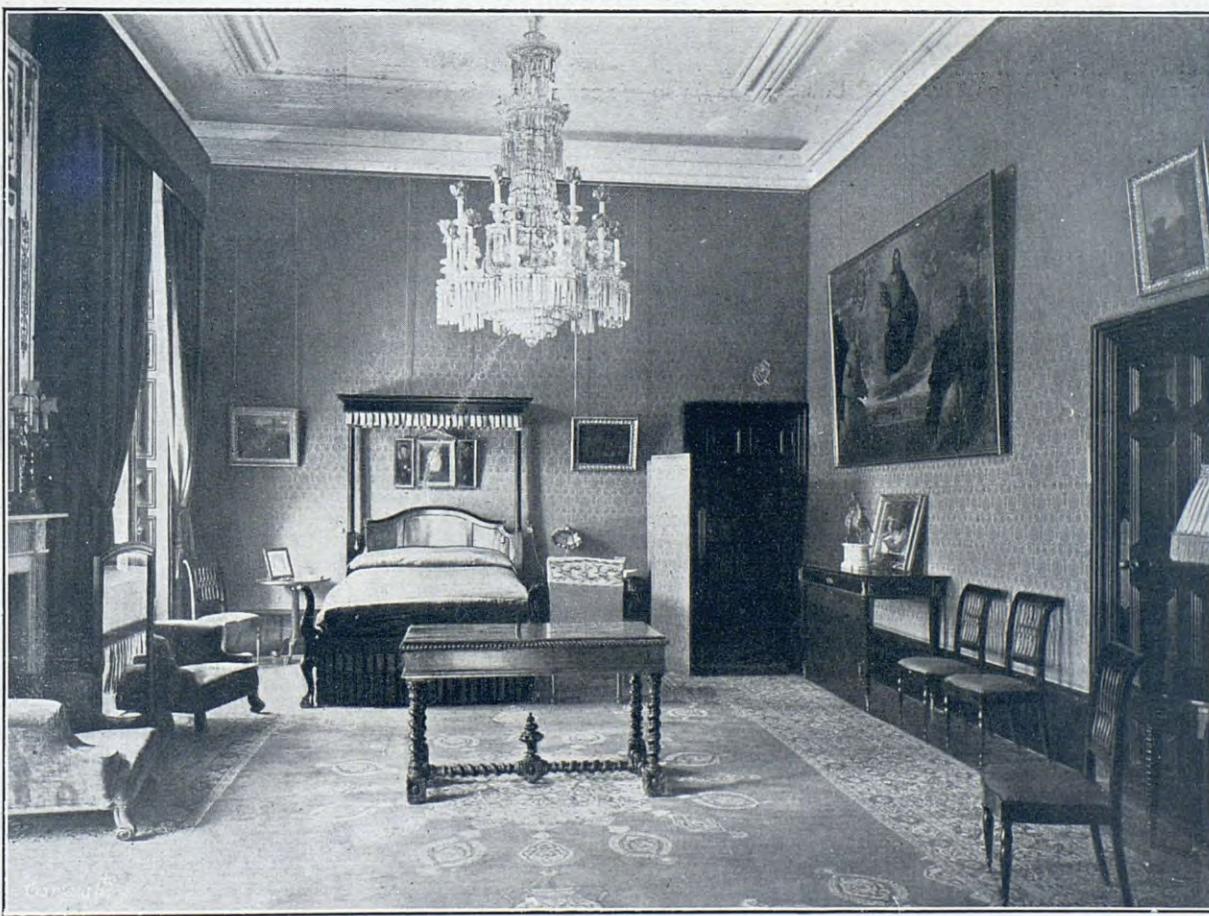
En la biblioteca hay un Tiziano de gran valor; porcelanas y bronces adornan los estantes. Y llegamos á la magna, la maravillosa «Sala de batallas», que se conserva con todo lo que fué de aquel glorio- so primer duque de Alba que llevó el dominio de España á regiones lejanas.

Cubren las paredes antiguos tapices flamencos; en un testero, el retrato de María Stuart, y que según noticias autorizadas, se cree único tomado del natural. El retrato de aquel Duque que fué asombro de las comarcas flamencas, inmortalizado quedó en un gesto por Tiziano.

no. Sobre el caballete que sostiene el cuadro se apoya el ajedrezado pendón de los Alba, con sus cuadritos blancos y azules. En una vitrina hay una preciosa talla que representa, caricaturizado, al insigne guerrero; con un pie y con la lanza aplasta la Hydra de las tres cabezas que representan el Papa, el Elector y la Reina.

La celada del rey Felipe II, la mesa de campaña del Duque, sus armas, sus objetos de uso...

Y es en este palacio, verdadera maravilla artística, donde un duque joven, animoso, trata de armonizar las exigencias del siglo, con la grata carga de unos gloriosos blasones.



Alcoba del duque de Alba

FOT. CAMPÚA

M. DE LA CUESTA



■ Charla femenina: Despilfarro ■

No es que yo me atreva á negar que las mujeres elegantes y con pretensiones gastan hoy un dineral en vestirse. Eso fuera negar la evidencia, y con ésta pocos se atreven; yo, al menos, no me atrevo.

Reconozco que la misma moda de los trajes claros es costosísima, porque lo claro se estropiea antes, y hay que ir siempre de nuevo para que no la pongan á una «como nueva»...

No se me oculta tampoco que es preciso estar comprando, renovando medias á cada rato, pues son tan excesivamente finas las que hoy imperan, que en seguida se destrozan; confieso asimismo que los historiadísimos zapatos de ahora cuestan bastante dinero; veo bien claro que la colección de blusas á cual más originales, casi todas japonesas, con lujo de botones lindos, y con mangas largas unas y hasta el codo otras, es diversidad que requiere sus buenas pesetas; la usanza (que no discuto) de los pantalones estrechos, cortos, de seda, requiere, para ser moda escrupulosa, un desembolso importante.

Las joyas están, más que nunca, si cabe, á la orden del día... y de la noche; se llevan á todas horas. De sobra sé que aun cuando no renace por completo el entusiasmo por los pendientes, hay bastantes elegantonas que los lucen complacidas, porque los que se estilan son soberbios. Las cadenas continúan imperando, y tienen esclavizadas á infinidad de familias. Digamos como antaño: «¡Vivan las cadenas!»

Con todo, no me negará nadie que en lejanos tiempos gastaban triple las señoronas.

La Montespan vistió en una fiesta de Palacio un traje *d'or sur or*.

María de Médicis tuvo una *toilette* guarnecida con treinta y dos mil perlas finas, y tres mil brillantes.

No cabe duda que la exageración, la pícara exageración, es el mal de los atavíos femeninos; mal que desde antes de la Era Cristiana se ha padecido.

Ya sabrán ustedes que Sarah, la mujer de Abraham, gastó un dineral en un velo, velo que, según nos han participado, llevaba «en señal de modestia»...

¡Los encajes! *La femme naît, s'éveille, éblouit, triomphe et meurt dans les dentelles...* Tienen razón los franceses.

Madame Margarita, gobernadora de los Países Bajos, no prescindió, ni en sus trajes de viuda, del guipur de Flandes. Las mujeres de

los Dux, y María Stuart, así como Isabel Tudor, se adornaron con punto de Venecia, «esa filigrana hecha á la aguja». Ana de Austria fué partidaria del punto de Inglaterra. La guarnición predilecta de las frondesas era el punto de Argentan. El de Malinas hizo furor entre las burguesas, allá en tiempos de Luis XIV. Para sus lindos vestidos de raso negro, no admitió la Montespan otras galas que el «punto de Francia». María Antonieta prefirió el Alençon á todos los encajes.

Si á esto agregamos el afán por las pieles, afán mayor y más loco hoy que nunca, puesto que solteras y casadas no prescinden de las más ricas y costosas *fourrures*, convenidremos en que lo de la exageración persiste sin llevar trazas de disminuir. ¡Triunfar, gastar!..

Los abrigos de *soirée* cada vez más chilones, llamativos y complicados; las faldas, con vistas al disfraz; los sombreros, costando «lo que antes un Estado»; los teatros, los bailes, los tes, los deportes, los banquetes, las modas en todo, suponen, como siempre, un dineral. Así es, que la vida entre tanta magnificencia, llegará á ser, no una vida difícil, que esto, después de todo, es llevadero, ya que la existencia está sembrada de dificultades, sino una vida imposible.

Y ante esto:

...«A morir los caballeros
y las damas á... gastar...»

¿Hay más? Sí, algo queda: que algunas damas y damitas hacen la vida del hombre malo: juegan y pierden.

Esto de rendir culto al *azar*, bellas damas y damitas, no es en verdad ninguna novedad de sus tiempos. Desde las cortesanas de Corinto que se jugaban hasta el *himation* á un golpe de dados, pasando luego por las damas de la corte de Médicis y la de la voluptuosa Regencia francesa, y las *merveilleuses* del Directorio, hasta las elegantes mondaines parisinas y las aristocráticas señoritas londinenses, todas han gustado y siguen gustando de encomendar á la ciega Fortuna la solución de algunos pequeños problemas de alfileres. Y á veces la Fortuna les sonríe, y otras les es esquiva. Y la bella vuelve de la feria

«Como antaño Leonor la mojigata,
que jugó la berlina y volvió á pata.»

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE

LA ESFERA

— DE LA VIEJA FRANCIA —



CALLE DE LA CARCEL VIEJA, DE CHATEAUROUX
Dibujo del natural, por Tillac



DE NORTE Á SUR

Las coincidencias literarias

El mayor—y el único que de ambos tiene talento—de los hermanos Rosny, acaba de publicar una novela titulada *La Force mystérieuse*.

Pertenece á ese género de obras donde lo maravilloso y lo científico se cogen de las inmateriales manos para danzar una loca zarabanda. Es de las obras donde la imaginación va más allá de las realidades conocidas y podría llevar como subtítulo «la enfermedad de la luz». Porque esta es la fuerza misteriosa, la que surge de la luz enferma, que empieza duplicando la visión humana y acaba enloqueciendo la humana inteligencia en bruscos cambios de sufrimientos físicos.

«¡Ah, vamos!—diréis—una novela á lo Wells, á lo Conan Doyle...

Que no os oiga Justino Rosny. Por encima de sus novelas prehistóricas el admirable novelista francés pone sus obras científicas; su *Xipehuz*, su *Legende sceptique*, su *Cataclysme* y ahora *La Force mystérieuse* le parecen superiores incluso á las otras novelas que describen el mundo contemporáneo sin las inquietudes de los presentes futuros.

Y aún va más allá. Justino Rosny acusa á H. G. Wells y á Conan Doyle de plagiarios suyos. Nunca lo había afirmado con tanta claridad como en el prólogo de esta *Force mystérieuse*, donde asegura que después de publicadas las primeras partes de ella en *Je sais tout*, empezó á publicar Conan Doyle en el *Strand Magazine* otra novela demasiado semejante.

«Confieso—dice Rosny—que al ver la extrema particularidad de la tesis no pude reprimir algunas sospechas. Claro que una coincidencia es siempre posible y por lo que á mí se refiere no soy muy desconfiado.»

Alude luego á Wells, á quien dedica más elogiosas palabras que á Conan Doyle. Las coincidencias de Wells fueron innegables. Los marcianos de *La guerra de los mundos* recuerdan á los seres eléctricos de *Xipehuz*; en *Paso á los gigantes* hay reminiscencias de *Cataclysme*.

Sin embargo, el señor Rosny, en su justa amargura, se olvida del que, antes de él, antes de Wells y de Doyle, escribiera las novelas científicas y se asomara á lo desconocido con una mirada agudísima é inteligente.

Se ha olvidado de Julio Verne, que presintiera la navegación submarina y la locomoción aérea, y que en su *Capricho del doctor Ox* acaso pudieramos hallar ciertos puntos de semejanza con la *Force mystérieuse*.

Julio Verne tiene para nosotros un encanto imborrable. Nuestra juventud aprendió á ser soñadora porque la mecieron cuando niña los libros de Julio Verne.

¡Oh, el encanto exótico y quimérico de los personajes de Vernel! Al escribir este nombre, al pronunciarlo brotan figuras inolvidables: el profesor Otto Lidembrock del *Viaje al centro de la tierra*; el mister Fogg de *La vuelta al mundo*; Kerabán el testarudo; el alto Miguel Strogoff; el capitán Nemo, sombrío y cruzado de brazos ante el destino, en las profundidades suboceánicas; Paganel, el distraído sabio que arrastra á la familia Grand en un éxodo interminable y peligroso; Martín Paz, el indio vengativo... Blanquean los dientes los negros, caen las melenas sobre morenos semblantes gauchos y suenan con asordante rumor los motores eléctricos; aparecen lujuriantes vegetaciones prelúvianas ó se extienden infinitos los campos de hielo antárticos...

"Los burgueses, de Rodin"

A Londres le preparan un nuevo pulmón.

Ya sabéis que las ciudades respiran por sus jardines. Este nuevo jardín de Londres pondrá sus árboles y sus macizos geométricos y sus ena-



J. ROSNY
Célebre novelista francés
CARICATURA DE ROUVYRE

renadas avenidas sobre un muelle que todavía no está terminado.

En las tardes próximas, las muchachitas mecanógrafas ó dependientes; los muchachos de ojos azules que dormitan durante toda la semana en las oscuras oficinas de la City, pasearán por este jardín construido para la higiene de la ciudad; pero también propicio al amor...

Sin embargo, esto, con ser muy interesante—al menos para las muchachas y los mozos que bajo esos árboles imaginarán el futuro *home*—no lo es tanto como el monumento que habrá de embellecer el nuevo parque.

Este monumento es una de las obras más admirables de Augusto Rodin, que había de inmortalizar el episodio de los habitantes de Calais, quinientos años después de ocurrido el trágico suceso. Recordémosle porque equivale al encanto de hojear un viejo infolio de historiadas y minúsculas capitulares, ó de posar la mirada en la políchromía de una vidriera medioeval...

Fué en 1346, cuando Felipe de Valois abandonó á su triste suerte la ciudad de Calais sitiada por Eduardo III.

El gobernador de la plaza, lord Juan de Viena, se asomó á la muralla. Sobre él un soldado agitaba la blancura de una bandera de parlamento.

Dos emisarios de Eduardo III se acercaron y lord Juan les propuso que entregara el castillo, la ciudad con todos sus tesoros, si dejaban salir libres á los habitantes.

Pero Eduardo III no quiso aceptar estas condi-

ciones. Debajo de la coraza le sangraba todavía el corazón por los muertos de su ejército: sus manos se crispaban de cólera dentro de los guanteletos de hierro.

«Id, sir Gualterio de Manny—dijo á uno de sus emisarios—y decíre que sólo podrá esperar merced de mí si consiente en que salgan de la ciudad seis de los más ricos y notables ciudadanos solos, indefensos, desnudos los pies con una cuerda al cuello y con las llaves de la ciudad en las manos y me los entrega para yo hacer de sus vidas lo que quiera.»

No duraron mucho tiempo los lamentos y llores de la ciudad á quien afrontara el rey inglés de tal modo.

El más rico, el más influyente de los burgueses de Calais, Eustaquio de Saint-Pierre, se ofreció el primero. Despues otros imitaron su ejemplo.

Más tarde Juan Dayre, los hermanos Jaime y Pedro de Wyssaut, y Juan de Fienes y Andreus de André. Si doce ó veinte hubiera exigido Eduardo III, doce ó veinte se habrían ofrecido. Fué un acto de heroísmo estóico y sencillo el de aquellos hombres que salieron sin los terciopelos y sedas de sus vestiduras, sin el oro y las gemas de sus joyas, vestidos con unas túnicas humildes, descalzos los pies, con una cuerda en el cuello desnudo que doblarían sobre el tajo del verdugo... y á quienes la esposa de Eduardo III libraría de tan infamante suerte.

Este es el momento elegido por Rodin para su escultura. Hay en la actitud serena, altiva, arrojante de Jaime de Vyssaut, en la débil, temblorosa del anciano Saint-Pierre, en los otros que se tapan el rostro como en la simbólica de los coros helenos, toda la grandeza trágica del episodio. Técnicamente, el monumento marcaba yala vigorosa, la simplificativa, la rojunda manera de hacer del gran artista que había de influir de un modo definitivo sobre la escultura contemporánea. Y Rodin sufrió del municipio de Calais, el mismo ultraje que recibiera cuando la ciudad de Nancy le encargó la estatua de Claudio Gellés (Claudio Lorena), y cuando doce años después presentara en el Salón de 1898 el *Balzac* encargado por la *Société de Gens de Lettres* y que la *Société de Gens de Lettres* rechazó indignada...

Pero estas miserias que los hombres de genio tienen que sufrir de sus contemporáneos, son luego gloriosas alegrías.

La cuestión es vivir lo bastante para olvidar en éstas la amargura de aquéllas.

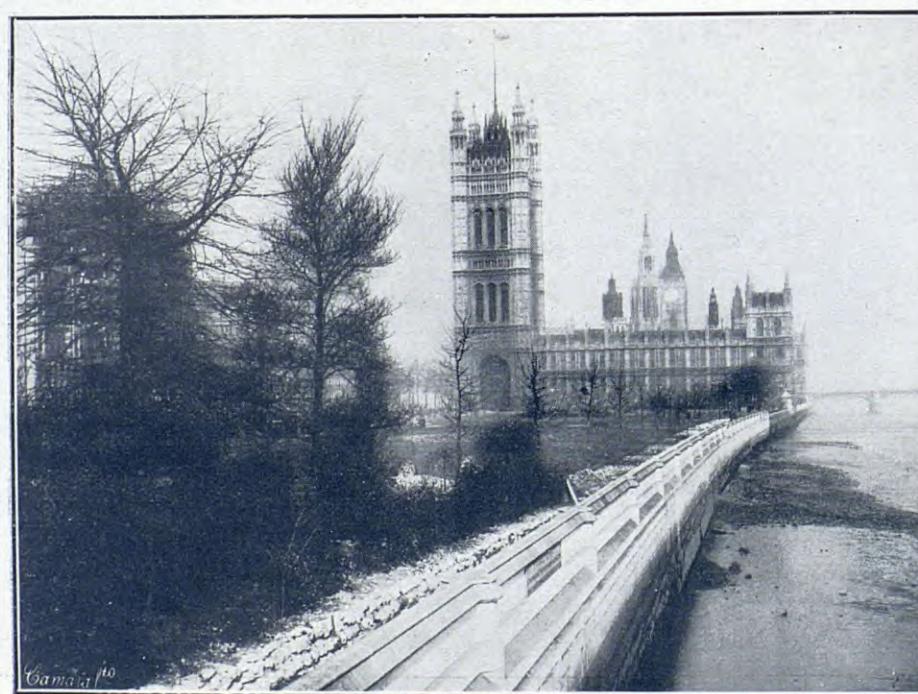
A Rodin le ha sido permitida esa satisfacción. Satisfacción que le hará sonreir un poco melancólico al ver en el Nuevo Parque Victoria de Londres, contemplado por los ingleses de hoy, un monumento que habla de la crueldad de un rey inglés (Eduardo III) y de la bondad de una reina (Felipa), hace quinientos años.

La miseria literaria

Una casa editorial, de Bolonia, ha publicado las cartas que Carducci escribió á su mujer. José Carducci ha sido el más grande poeta de la moderna Italia. Estas cartas íntimas son de una amargura infinita. El gran poeta, ya célebre, decía en ellas cosas confesables únicamente á la esposa. Ved párrafos de esas cartas: «Ya estoy bien; hacía mucho tiempo que no tenía un día tan bueno; pero sigo con los zapatos rotos. ¡Como llueve, me he lucido!» «Este jaquette ya no puede tirar más tiempo. Me he encargado otro que me costará 75 liras. También me he tenido que comprar otro sombrero: ¡10 liras más! De este modo se me marcha el dinero: en ropa, en sombreros y en otras estupideces. ¡Y pensar que no puedo comprar libros!»

Esto lo escribía el primer poeta de Italia; el que reencarnaba en su espíritu y en sus libros todas las epopeyas y arrogancias de su raza. Porque la inteligencia no da de comer á los que toman en serio estas cosas, sino á los que viven de lo contrario...

José FRANCÉS



EL NUEVO PULMÓN DE LONDRES
El nuevo muelle Victoria que se está construyendo en la capital de Inglaterra

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



SALIENDO DEL TEMPLO

Dibujo de Cerezo Vallejo

AURAS DE JUVENTUD

EL REY EN EL CAMPAMENTO DE LOS ALIJARES

A cinco kilómetros de la imperial ciudad, entre pelados riscos y áridos altozanos, se alza una extensa planicie festoneada de tomillos, brezos y mejorana; amplia meseta desde la que se vislumbran en las lejanías brumosas, pedregosos escarpados que bordean el tortuoso Tajo, accidentados peñascales, verdinegros acantilados, y siluetándose sobre la cadena de nevados picos que cierra el horizonte, los góticos capiteles y las torres muzárabes con sus cúpulas jaspeadas y con sus férreas espadañas, rodeando la mole ciclopica de la santa catedral, y asentado en el pico más enhiesto el majestuoso alcázar, mansión antaño de una fastuosa corte y vivero hoguero de bizarrias y abnegaciones. La dehesa de los Alijares cobija por unos días, en la primavera, á los alumnos de la Academia de Infantería que en su suelo sinuoso practican el arte de guerrear que aprendieron durante un curso en las aulas del Alcázar.

En estas prácticas cristaliza el entusiasmo sin límites de una juventud anhela de dar fe de arrojo y de lograr patente de heroísmo. En otros pueblos, con una lucha cruenta y endémica, sin arraigo en la opinión, escasearía la demanda y la adolescencia tomaría otros derroteros. Aquí el rumbo marcial tiene predilección y el peligro en cierres, lejos de ahuyentar, acrecienta la solicitud de vestir un uniforme militar.

Visitó el rey el marcial recinto, y su visita dió margen á sinceras demostraciones de cordial



S. M. el Rey en el campamento presenciando las maniobras de los alumnos
FOT. LUCAS FRAILE

tervor que hicieron muy grata su estancia en el alegre campamento.

¡Lástima que las inclemencias del cielo deslucieran la simpática fiesta, en que brilló, como nunca, el noble espíritu de la Infantería del porvenir!

De poco más de veinticuatro horas fué la duración de la regia visita. El día de la llegada, no obstante la lluvia pertinaz y molesta, hubo ejercicios en orden cerrado, que mostraron la solidez de la instrucción táctica de los cadetes de la Va-

lerosa, y la labor tenaz y fructífera de un profesorado docto y estudiado.

Maniobraron á la voz y por señales, desplegaron en guerrilla; practicaron, luego, ejercicios diversos de gimnasia sueca, y en todo demostraron maestría y noble estímulo.

Al mediar la noche, una compañía de alumnos atacó al dormido campamento; la gran guardia que prestaba el servicio de seguridad, repelió la agresión y el toque de generala trasmitió rápidamente la voz de alarma. Presto estaban todos en su puesto. Con silencio y orden se cubrieron los atrincheramientos del sector N. E.

Al ligero toque habían precedido disparos sueltos de la compañía atacada. Sonaban muy lejos; no se percibía la llamada de los fogonazos. Arriba, en un altozano, el reflector jugueteaba con su haz de rayos, buscando en las escabrosidades del terreno al enemigo que avanzaba. La noche era oscura. La luz marcaba en las lejanías, so-

bre el abrupto suelo de la dehesa, una faja lechosa; junto al aparato flotaba en continuo movimiento denso polvillo dorado; mariposas blancas despertaban á las caricias de la luz y la buscaban en sus continuas variaciones. Tan pronto se detenía el haz lumínico en el fondo de una cañada, como salía lamiendo la vertiente de una colina para llegar á las nubes pizarrosas y negruzcas que acorralaban á la luna en cortejo inquieto.

Continuaba el ruido opaco de los disparos. El reflector descubrió, por fin, al hipotético enemigo;



Don Alfonso XIII visitando las dependencias del campamento, acompañado de los generales Aznar, Anido y Gobernador Militar de Toledo
FOT. CAMPÚA



S. M. el Rey, rodeado de los alumnos de la Academia de Infantería, oyendo las aclamaciones de éstos

se veía avanzar las guerrillas, saltando entre los matorrales; los fogonazos señalaban también, aunque momentáneamente, la posición de asaltantes y defensores; brillaban los disparos en hilera de luces, con destellos y eclipses, algo así como luces de fiesta en fila de árboles. Arreció el fuego; la lluvia persistía, el frío era intenso. Cuando el choque de ambos bandos era inminente, el cornetín señaló el final del simulacro. En orden perfecto se retiraron los combatientes al recinto. Minutos después sólo velaban el sueño de su rey unos centinelas juveniles que ponían en su honorífico servicio todo el entusiasmo y la fe de sus almas vírgenes.

Privados el temporal de las prácticas matinales, sustituidas con la celebración de un hipotético consejo de guerra, en el que tribunal, juez, fiscal y defensor, mostraron ciencia y dotes, y los dos últimos, elocuencia y buen juicio.

El monarca se retrató rodeado de grupos de alumnos que se disputaban con impaciencia de ju-

ventud este nuevo honor. Comió el rey con la oficialidad y fueron las sotremesas animadas y memorables; en ellas hizo gala el rey de su ingenio exquisito, de su memoria prodigiosa, de su saber enciclopédico y de su cultura variada, de su completo y profundo dominio de las ciencias militares.

Sus conferencias fueron amenas y elocuentes. Hablaba a profesores y para todos era maestro de maestros.

La despedida, tras los honores de rúbrica, fué entusiástica y democrática. Rotas las filas, siguieron, rodeando, al automóvil y coronaron las vecinas cuestas, aplaudiendo y vitoreando hasta enronquecer, con entusiasmo inextinguible a su rey, al rey-soldado, al rey-valiente.

Prácticas marciales de conjunto con las cinco academias y el rey democrata conviviendo unos días en los campamentos con la juventud militar española: ¡qué espíritu tan sólido para la oficialidad del porvenir!



Vista general del campamento de los Alijares

FOT. CAMPÚA

AURELIO MATILLA



FOT. SALAZAR

DEL MADRID ANTIGUO

EL ARCO DE CUCHILLEROS

ESTA fauce enorme de la Plaza Mayor, desde los calamitosos tiempos del devoto y tercero rey D. Felipe, viene siendo testigo de muy notables y populacheros acontecimientos.

Era el sitio por donde la plebe de las Cavas, la Morería y el Humilladero, entraba á reunirse con la grandeza en los autos de fe y en las fiestas de toros.

La Cruz de Puerta Cerrada, que está poco antes como guardesa constante, contra las añagazas y fechorías del Malo, sirve de muy poco, que á la vuelta de aquellas callejas y á la sombra de la escalerilla de piedra que el arco ampara, dejaron sus vidas entre los filos de tizones, ballestillas y puñales, gentes de muy varia clase y condición.

Y cuando allá por los años de 1790, querellóse nuevamente la Plaza de que los reos que en ella sentenciábanse á la hoguera, hubieran de tostar en la Cruz del Quemadero, valiendo ella para el caso como la que más, prendióse para probarlo y el Arco de Cuchilleros dió la primera llamarada.

¡Valga Dios! que fué como si un hermano del

Vesubio hubiese capricho de tomar naturaleza en la Villa y Corte de las Españas.

Muy notable y universal fama hubieron de alcanzar los cuchilleros que dieron nombre á la calle y al arco, que en toda Europa diz que no había entre los de su oficio quien pudiera mirarles frente á frente como á iguales.

Aprendieron diestramente su quehacer, de aquellos magnates de la forja y el temple que trajera de tierras tudescas el Emperador, y así la reciedumbre y flexibilidad de sus aceros como la consistencia de sus arcabuces, aquí y en todas partes era única y justísimamente extremada.

De allende las fronteras y de bien adentro del corazón de Europa llegaron á Madrid, linceos y muy linceos deste agresivo gremio, arrabal de la Corte de la muerte, para aprender el secreto en que estribaba la bondad de las armas madrileñas, y diz que achacando la virtud á las aguas y las arenas del malventurado y zaherido Manzanares, alzaronse con muy buena porción de entrambas materias, que con ello pensaban dar al traste con los cuchilleros madrileños; pero aprovechó de muy poco, pues las hojas labradas á la sombra del Arco, continuaron gozando en el

muncio títulos de prioridad sobre todas las hojas tudescas ó milanesas.

De allí hubieron de salir las navajas y espadillas que un domingo de Ramos defendieron la integridad del sombrero gacho y la capa larga contra la tiranía de un ministro extranjero; también de allí á pocos más años, las que sostuvieron ante el genio invasor de Bonaparte la Independencia española.

Por aquel arco hubieron de entrar, y subir la empinada escalinata, traginantes, bandidos y conspiradores á la taberna del *Púlpito*, do unos y otros tenían su ventilla, su sala de contrataciones y su covachuela. Aquellos sotanillos que la circundan, son como los aposentos de los próceres de su grandeza.

Para mí este venerable Arco de Cuchilleros, con su escalinata, es una cosa de ensueño; por él veo salir, cada vez que le visito, todas las pílafas de la historia madrileña, que murieron en las calles como héroes ó en la Plaza de la Cebada, como se merecían, ahorcados.

¡Bien haya la gente cuando es pueblo y no populacho!

DIEGO SAN JOSÉ

PÁGINAS HISTÓRICAS

SAN ISIDRO Y LA BATALLA DE LAS NAVAS

DURANTE el largo periodo de la reconquista de España, tiempos en que el más profundo fervor religioso dominaba en todos los espíritus y en todos los actos de la vida, se predica en uno y otro campo la guerra santa, con el mismo entusiasmo, guerra cuya santidad cada uno de los contendientes entendía de distinta manera.

Pero hay que convenir en que los que peleaban en nombre de Jesucristo, tenían á su favor, no ya sólo la doble idea de la defensa de su religión, sino la de la reconquista de su país, invadido por los mahometanos. Al grito de cruzada dado por Alfonso VIII de Castilla y estimulado con la indulgencia plenaria concedida por Inocencio III, salen desde Toledo los cristianos, dispuestos á destruir para siempre el poderío musulmán, que amenazaba invadir la Europa. Mas al saber aquellos ciento y tantos mil cristianos, que los seiscientos mil moros se les venían encima, quisieron evitar el encuentro en sitio desfavorable para ellos, y aconsejados por don Diego López de Haro, buscan refugio en las frágosidades de Sierra Morena.

Nada de extraordinaria y milagrosa tuvo esta famosa batalla, como se ha pretendido demostrar con falsos argumentos, puesto que el excesivo número de moros debió influir notablemente en su derrota, del mismo modo que cuando Marco Curcio, para resistir al numeroso ejército de Pirro, le llevó con engaños á un sitio estrecho para mejor destruirle.

El arzobispo de Toledo, D. Rodrigo, testigo presencial de esta batalla, fué el primero que nos habla en su historia de un célebre campesino enviado por Dios para libertar al ejército cristiano en tan apurado trance, y sin duda de estas palabras, tomadas al pie de la letra, se han hecho eco todos los historiadores para inventar una fábula, sin reparar en que á este guía milagroso á quien se llama Martín Halaja, Martín Malo, y hasta se le considera como progenitor del linaje Cabeza de Vaca (1), se le ve aparecer primeramente en el cerco de Cuenca en 1177, y después, surgir de nuevo el 1212 en las Navas de Tolosa.

De notar es en esta época el hecho de que siempre que se unen los cristianos, se atribuyen á cosa milagrosa, atribuyendo á castigo del Cielo la derrota de Alarcos; pero no hay que extrañarse porque lo mismo hacen los musulmanes, demostrándonos con ello el fanatismo religioso de ambos ejércitos y el menosprecio que unos y otros hacían de las aptitudes de sus guerreros, de la táctica y de la eficacia de una buena organización militar.

Si el cargo de Adalid no hubiese existido en la Edad Media, habría que inventarle para despojar á la Historia de supercherías y cuentos infantiles. Con Adalides que eviten sorpresas, cuiden del servicio de guías y establezcan un buen espionaje, no es posible verse sorprendidos ni hay quien crea que los cristianos andaban por aquellos andurriales en busca de fortuna. Llenas están nuestras historias de pastores milagrosos

(1) Fernández de Oviedo, en sus *Quincuagésimas*; Piferrer y Frías de Albornoz, en sus respectivos *Nobiliarios*; Moreno de Vargas, en sus *Discursos de la nobleza de España* y otros muchos.



El Rey Alfonso VIII arrestando á sus tropas durante la batalla de las Navas. — Cuadro de Casanova

que han ayudado á nuestro ejército, por más que igualmente se les vea guiar al ejército moro á la conquista de Córdoba, después de la derrota del Guadalete. Por otro lado, es fuerza reconocer que los mozárabes residentes en las poblaciones, prestaron grandes servicios á los cristianos en la obra de reconquista, sin acudir á guías extraordinarios.

Reconocida de hecho la imposibilidad de que semejante pastor guiase al ejército cristiano por ignorada senda, hasta encontrar un sitio conveniente para acampar, debemos consignar que los autores, entre ellos algunos modernos, nos explican cada cual á su manera, circunstancias que callaron los antiguos. Además de los nombres de Martín Halaja y Martín Malo, hay quien atribuye el milagro á un Angel enviado por Dios, y otros aseguran, muy formalmente, que fué San Isidro Labrador, patrón de Madrid.

Hasta fines del siglo xv no se inventó esta fábula respecto á San Isidro, debido más que al entusiasmo religioso á la ignorancia; siendo el que más contribuyó á propagar esta especie el P. Jerónimo Román de la Higuera, en su *Historia de Toledo*, y cuyo autor no merece gran crédito por haber inventado otras muchas inexactitudes.

En el año 1791, el doctor D. Manuel Rosell, canónigo de Madrid, imprimió su *Apología* defendiendo la aparición de San Isidro en la batalla de las Navas de Tolosa, sólo para presentarnos al Santo en aquella ridícula figura, ya que según D. Rodrigo, dice del pastor ser hombre despreciable en el hábito y en la persona. El canónigo Rosell no presenta pruebas bastantes para desmentir á los autores antiguos ni al mismo pastor, valiéndose, según él, de los procesos de beatificación de San Isidro, formados, desde 1593 en adelante, y de las Bulas de la canonización, donde precisamente no se aprobó de un modo terminante este milagro. Nada dice tampoco de él Juan Diácono, arquidiácono de la Almudena, en sus memorias de la «Vida de San Isidro», que se tuvieron presentes para el proceso de canonización. Y dice muy bien Pellicer (1), que Dios «según su providencia ordinaria, no se vale de medios extraordinarios para socorrer á los hombres en sus aflicciones cuando puede hacerlo por los ordinarios y comunes».

(1) Carta histórico-apologética, pág. 16.

Este milagro lo negó también el Marqués de Mondéjar, contestándole Rosell en su libro «Dissertación histórica sobre la aparición de San Isidro, etcétera, etc.» (1); apoyó á Mondéjar Pellicer (2), con pruebas para negarlo rotundamente. Sin duda resentido Rosell en su amor propio vuelve á insistir sobre el milagro, escribiendo unas *Adiciones*, á la dissertación, cuyo manuscrito se remitió por acuerdo del Consejo Real á la censura de la Real Academia de la Historia, mereciendo ciertos reparos de sus censores Fray Benito Montejo, don Nicolás R. Lasso y D. Juan López de Sedano, con fecha 19 de Septiembre de 1794.

En estas nuevas páginas no es más afortunado el canónigo, cuando asegura que Alfonso VIII reconoció al Santo

patrón de Madrid en la Iglesia de San Andrés á su regreso de la batalla; pero mal pudo ser esto, ni pudo descubrirle, porque el rey no estuvo en Madrid por la época que señala.

Aclamado públicamente San Isidro por sus muchos milagros, la beatificación solemne se efectuó por el papa Gregorio XV en virtud de Bula de 12 de Marzo de 1621, en la cual se aprobaron diecinueve milagros, desecharándose más de doscientos por no estar suficientemente probados; la canonización no fué hecha hasta 1724 por Benedicto XIII, resultando que en ambas Bulas no se habla del milagro realizado por el Santo en la batalla de las Navas de Tolosa.

Bueno es añadir que según Pellicer era San Isidro de gran estatura (unas dos varas) y rostro grande y agraciado, muy distinto á como lo inventó D. Rodrigo, es decir, pequeño y de mala facha, *bastante despreciable en el hábito y en la persona*, según dice.

Nada dicen de San Isidro ni los autores de aquella época ni los guerreros que asistieron á la batalla, incluso D. Rodrigo y Alfonso VIII; y por más que Madoz en su *Diccionario geográfico-histórico* (3) al hablar de Baeza asegura por testimonio del P. Juan de Mariana (4) que se apareció al rey *entre sueños San Isidro con muestras de majestad...*, atribuye tal hecho el emperador Alfonso VII en 1147, viéndose el momento la equivocación lamentable en que se incurre por razón del Rey y fecha, y no merece, por tanto, que tal aseveración se tome en serio.

En cuanto al pastor benéfico de dicha jornada, tampoco lo citan los guerreros que pudieron servir de testigos; sólo el arzobispo de Toledo lo mencionó en su Crónica, apoyado por Alfonso VIII en su carta al Pontífice, arrastrando ambos en su credulidad á D. Lucas de Tuy, Alberico, abad de Tres-fuentes, Diego de Valera, Garibay, Mariana y otros autores modernos, cuando de semejante aparición ni de semejante pastor nada dice el arzobispo de Narbona, testigo presencial de la batalla, quien por su calidad de extranjero y de arzobispo debió estar continuamente al lado de Alfonso VIII y de D. Rodrigo.

JOSÉ CONTRERAS PÉREZ
(Correspondiente de la A. de la Historia.)

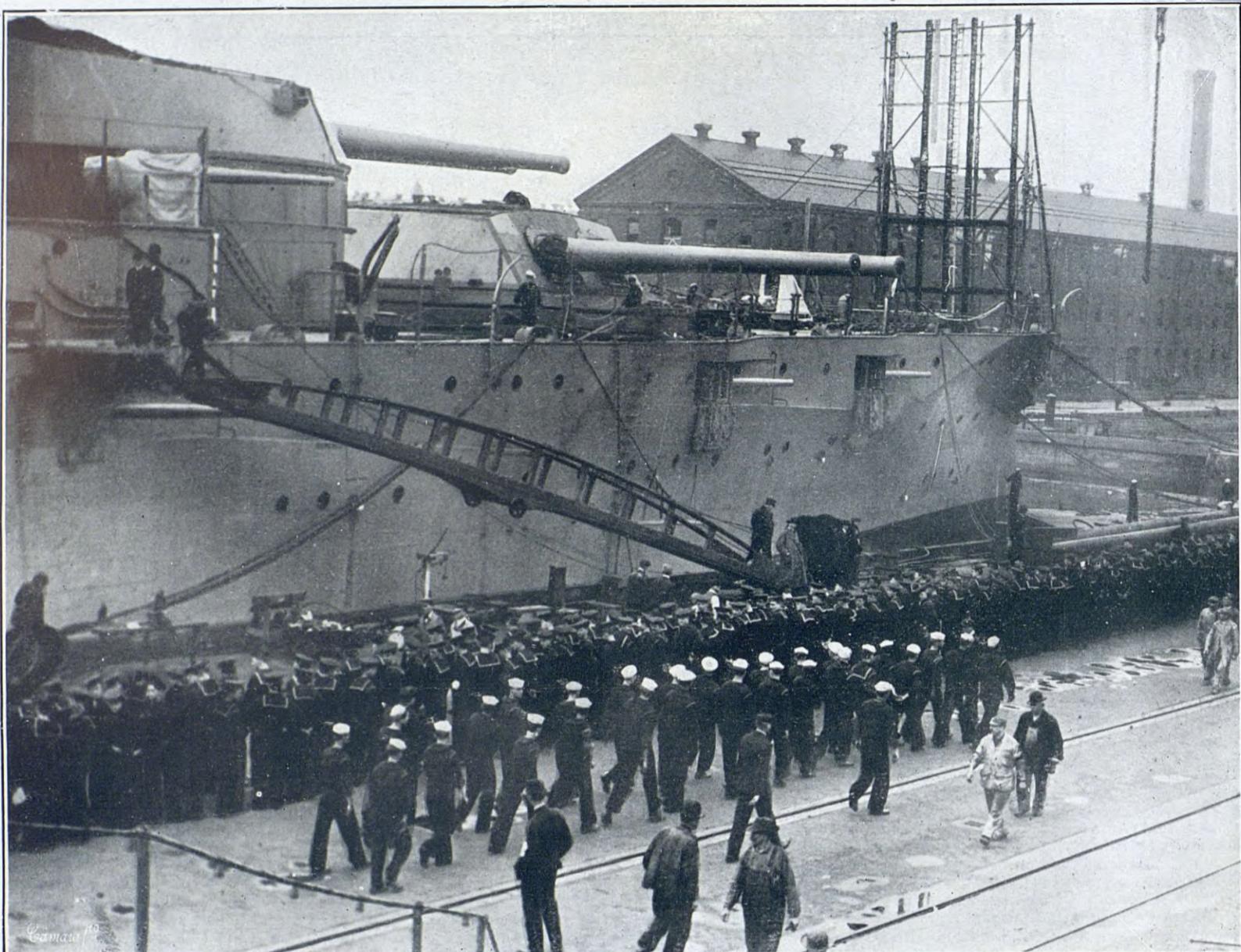
(1) Madrid, 1798.

(2) Discurso sobre varias antigüedades de Madrid, 1791.

(3) Tomo III, pág. 295, segunda columna.

(4) En su *Historia de España*.

LA GUERRA YANQUI-MEJICANA



Tropas de Infantería de Marina embarcando en el muelle de Nueva York en uno de los acorazados yanquis enviados á Veracruz

La mediación de la Argentina, Brasil y Chile en el conflicto yanqui-mejicano, y en la que parecen poner esperanzas las naciones europeas y americanas, no ha servido sino para inmovilizar, durante unas semanas, la acción intervencionista, que ha quedado limitada á la ocupación del puerto de Veracruz por las fuerzas de desembarco norteamericano.

Mientras tanto resuelven los representantes de dichas repúblicas, con los mejicanos, en sus conferencias de Washington, la forma de solucionar pacíficamente el conflicto, federales y constitucionalistas se batén de firme. Y á la toma de Tampico por los últimos, ha seguido la ocupación de Tux-

pan, tras de un reñido encuentro con las fuerzas gubernamentales.

La política norteamericana, en este asunto, sigue tan nebulosa como siempre; pero en medio de esa indeterminación de procederes que tan pronto es favorable á los constitucionales como se opone á sus progresos en el Norte, cerréndoles, con la negativa de la beligerancia, la fuente de ingresos que para ellos sería la ocupación de las aduanas de Tampico, puede columbrarse el firme propósito de que el Tío Sam no realice, en pura pérdida, esa pequeña aventura mejicana.

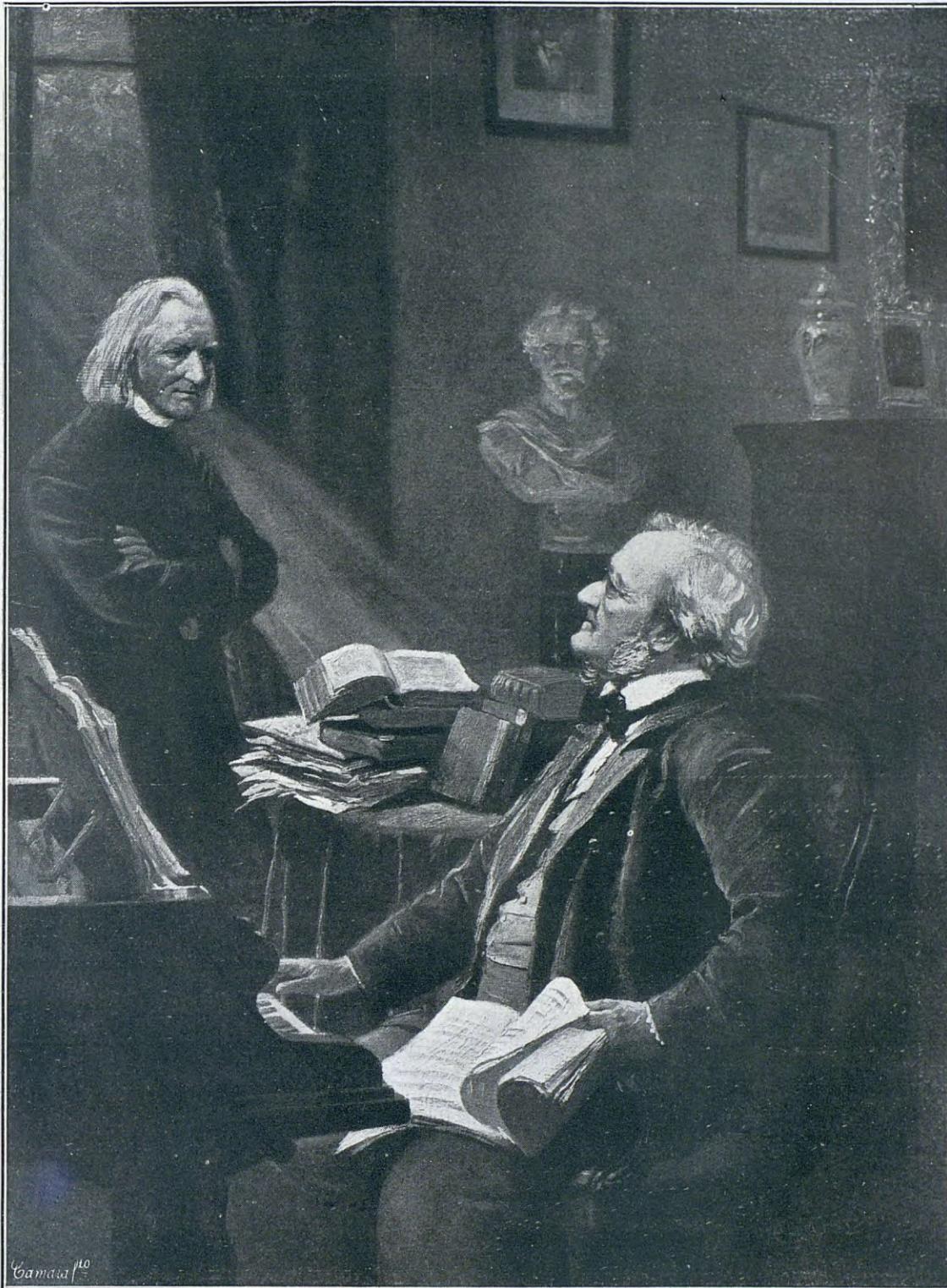
Así, por si falla lo de la conferencia de Méjico, embarcan á diario en Nueva York grandes contingentes militares.



Las tropas norteamericanas haciendo ejercicios en el muelle de Veracruz

FOTS. HARLINGUE

LISZT, WAGNER Y EL PIANOLA-PIANO



Camara 10

¿Queréis vosotros mismos, aunque en música seais completamente profanos, ejecutar las obras de estos dos grandes genios musicales, con la fiel interpretación de su concepción misma? Pues adquirid un **PIANOLA-PIANO**

LA ADQUISICIÓN DE UN PIANOLA-PIANO, EQUIVALE Á POSEER LA EJECUCIÓN DE
LOS MÁS GRANDES PIANISTAS, DEJANDO AL EJECUTANTE EL **ABSOLUTO DOMINIO**
DE LA EXPRESIÓN Y PERMITIÉNDOLE TOCAR FIELMENTE LAS OBRAS, TAL COMO
LAS COMPRENDIÓ SU AUTOR Ó COMO LAS HA INTERPRETADO UN GRAN PIANISTA

AGENTE GENERAL EN ESPAÑA:

R. CAMPOS
Nicolás María Rivero, n.º 11
MADRID



AGENCIA PARA CATALUÑA:

“SALA AEOLIAN”
Plaza de Cataluña, núm. 15
Barcelona

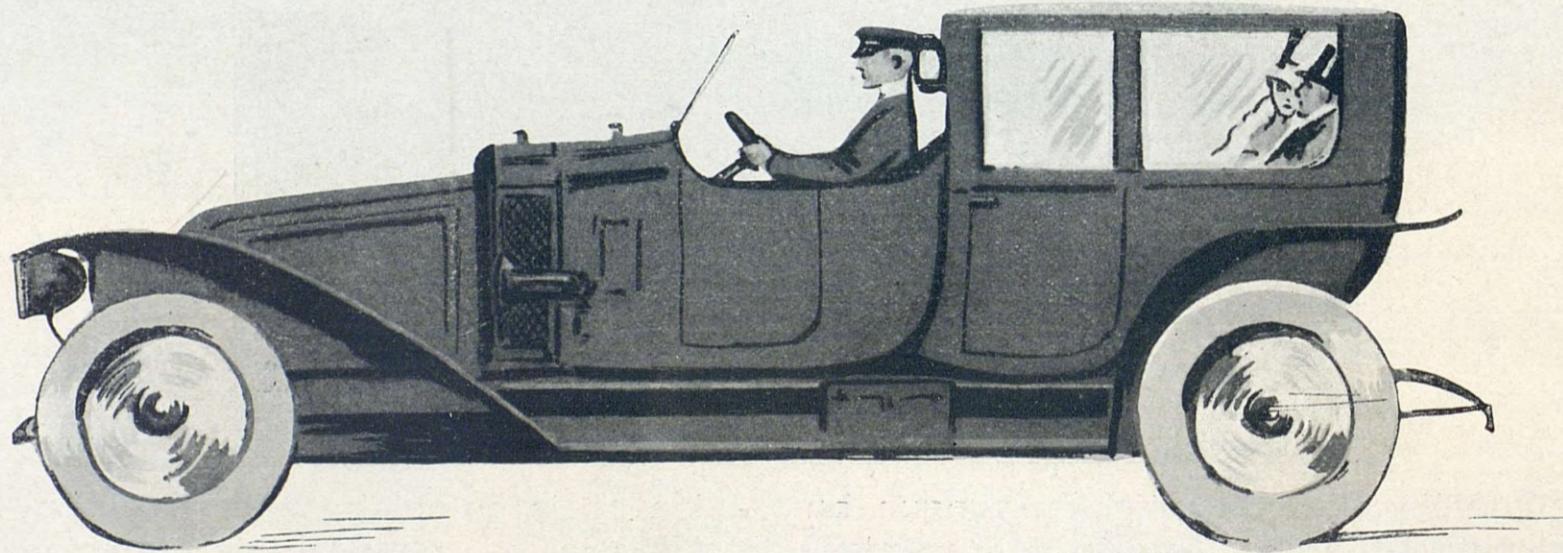
NOTA.—El Pianola-Piano y la Pianola, son de fabricación exclusiva de la Compañía AEOLIAN,
::: y no deben confundirse con los demás aparatos é instrumentos mecánicos similares en la parte exterior :: Audiciones y demostraciones en nuestros salones

(ENVIO CATALOGOS X)

AUTOMÓVILES

Renault

PROVEEDOR DE LA REAL CASA



TALLERES Y GARAGE:

AVENIDA DE LA PLAZA DE TOROS, 9

Teléfono 1.404

SALÓN DE EXPOSICIÓN:

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 23, MADRID

Teléfono 1.415

Humber

Cada modelo "Humber" se entrega completo para emprender viaje, incluyendo en las especificaciones la Capota Americana, el parabrisas, faros de situación, faroles de costado y piloto, bocina, herramientas, ruedas intercambiables de acero, rueda auxiliar completa, y una hermosísima carrocería torpedo.

La casa "Humber", con el objeto de hacer el Automóvil accesible á todas las fortunas, tiene coches desde el precio de **Ptas. 4.500** entregados en España, incluidos los derechos de Aduana.

Con mucho gusto entregaremos á nuestros clientes catálogos en Español, ya sea para automóviles ó coches ciclos, así como también el nombre de nuestro representante más próximo.

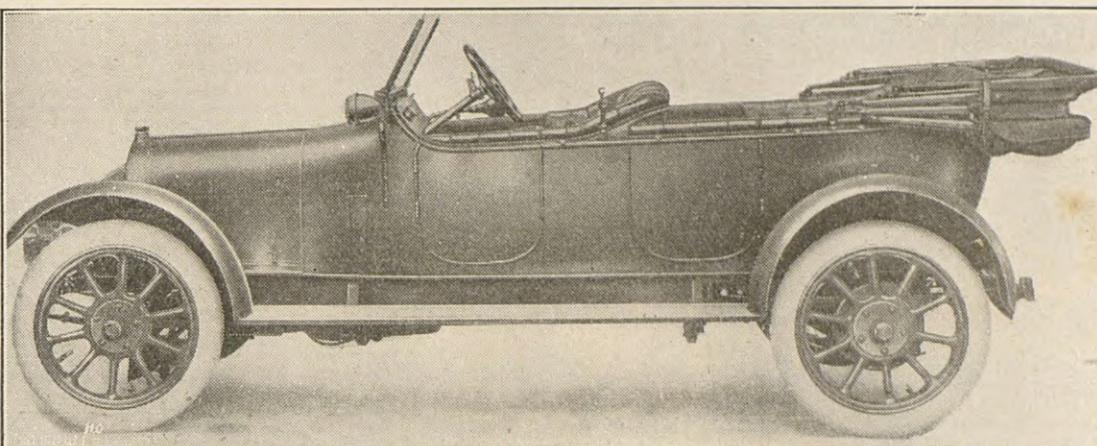
HUMBER LIMITED - Coventry

Delegación de España:

JULIO BARRERAS — VIGO

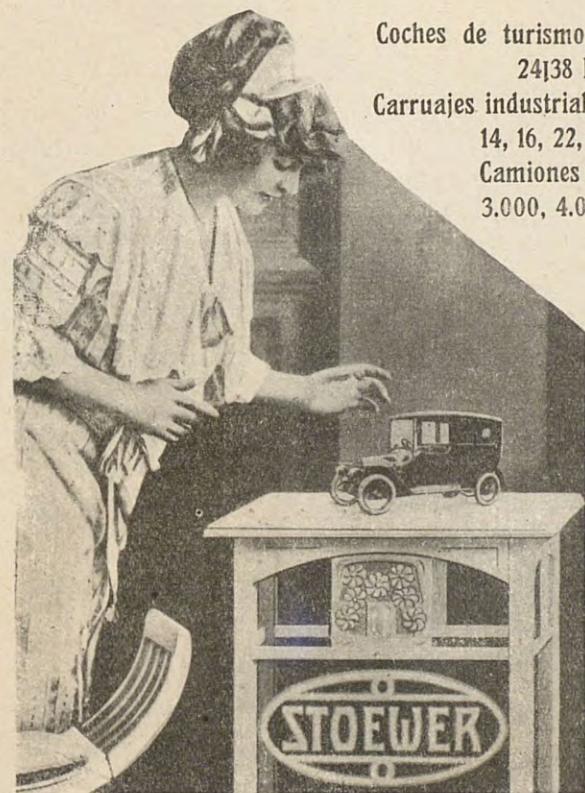
Una visita personal á los depósitos de la casa Humber, en España, para poder examinar los distintos modelos 1914, seguramente compensaría el pequeño sacrificio que esto pueda significar.

El cliente observará á primer golpe de vista la accesibilidad de todo el mecanismo, las importantísimas mejoras introducidas para 1914, juntamente con el excelente funcionamiento del motor, y comodidad de su carrocería.



10 HP, 1914

AUTOMÓVILES STOEWER



Coches de turismo: 10|14, 12|20 y 24|38 H.P.

Carruajes industriales: Omnibus de 14, 16, 22, 24 y 40 plazas. Camiones para 1.500, 2.000, 3.000, 4.000 y 5.000 kilogramos de carga útil. Camiones-tractores para mayores cargas.

—
Brevisimos plazos de entrega.

—
Entregas inmediatas de algunos tipos 10|14 H.P.

Se necesitan representantes regionales, excepto para Canarias, Andalucía y Santander.

Dirigirse á JULIO EGUILAZ, Ingeniero—OVIEDO

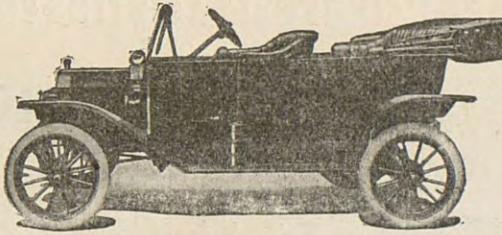
(Inútil escribir sin contar con seria garantía y sin ánimo de comenzar adquiriendo en firme coche de propaganda)



La fábrica de Automóviles :: más grande del mundo ::

MÁS DE 500.000 EN CIRCULACIÓN

SIMPLE LIGERO ECONÓMICO SÓLIDO



AGENTES EN TODA ESPAÑA

Pídanse catálogo "F" y detalles á

Ford Motor Company

61, Rue de Cormeille, LEVALLOIS - PERRET (Seine) Francia

Para toda la publicidad extranjera en esta Revista, dirigirse á la

AGENCIA HAVAS

PARIS, 8, Place de la Bourse.—LONDON E. C., 113, Cheapside

MADRID, Puerta del Sol, 6

Se admiten suscripciones y anuncios á este periódico en la

Librería de San Martín

Puerta del Sol, 6, Madrid

VENTA DE NÚMEROS SUELTOS



Esta es la obra que necesitas

EL QUE REGALE A SU HIJO UN EJEMPLAR DE LA Historia del Mundo en la Edad Moderna

encontrará muy pronto la recompensa de este pequeño desembolso

La mayoría de los objetos que suelen regalarse con motivo de una fiesta onomástica, de un fausto acontecimiento, de una fecha memorable, responden á finalidades secundarias de mero ornato. Tales objetos, que tienen generalmente una vida efímera, no tardan en ser sustituidos por otros, sin dejar en pos de sí más que la huella pasajera de un vago recuerdo. No faltan, sin embargo, padres previsores que eligen para obsequiar á sus hijos objetos que á sus atractivos exteriores añadan la virtud de ejercer una saludable y duradera influencia de índole intelectual y educadora.

Entre los regalos capaces de llenar los fines mencionados, difícil es que pueda encontrarse nada comparable á un ejemplar de nuestra **Historia del Mundo en la Edad Moderna**. Sus veinticinco volúmenes, de cualquiera de nuestras

encuadernaciones, colocados en el mueble biblioteca, forman un conjunto tan hermoso y causan tal impresión de buen tono y exquisito gusto, que no es posible concebir otro adorno más á propósito para decorar cualquier aposento.

Pero el padre que regala á su hijo nuestra **Historia del Mundo** no solamente le entrega un lujoso obsequio de duración perenne, sino que le procura al mismo tiempo un poderoso instrumento de cultura, cuya eficacia no tardará en dejar sentir sus efectos. Porque es seguro que los grabados y cromotipias han de despertar en el joven lector, junto con el gusto artístico, la curiosidad de conocer los principales personajes y acontecimientos á que se refieren las ilustraciones, con lo cual habrá comenzado á ejercitarse insensiblemente todas sus facultades intelectuales; y quién sabe si la lectura de tan variadas

é interesantes materias no contribuirán de una manera decisiva á fijar su porvenir!

Más de un ejemplo de ello nos ofrecen las biografías de grandes hombres, á quienes la lectura de un buen libro señaló el camino de la inmortalidad y de la gloria. Al fin y al cabo, si los padres que obsequian á sus hijos con nuestra **Historia del Mundo** vieran repetirse el caso, antes citado, no sería más que una consecuencia natural de haber sabido poner los ojos en «el mejor regalo».

Entre las relevantes cualidades que avaloran nuestra obra, haciendo de ella un obsequio digno de particular estima, merece señalarse de un modo especial para nuestro público la de contener la historia patria, ilustrada con trabajos originales de extraordinario mérito y editada con todos los adelantos de la tipografía moderna.



La sociedad actual exige ciertos conocimientos de que una señora no puede excusarse

Antes la mujer poseía solamente algunos pequeños conocimientos relacionados con las labores de su sexo. Pero **hoy** es otra cosa. La mujer actual, medianamente culta, no sólo habla de modas con la desenvoltura de un profesional, sino que discute asuntos de Geografía, Artes, Ciencia, Historia, Viajes, etc. :: Por eso la mujer del día tiene el doble encanto de la belleza y la cultura; y por eso algunos centenares de señoras se han apresurado á adquirir la **Historia del Mundo en la Edad Moderna**, que es la única obra en castellano que puede ilustrarlas sobre una multitud de conocimientos que les serán de gran utilidad en la vida social.



La Historia del Mundo en la Edad Moderna

es útil y necesaria para todos

Las señoras podrán leer las narraciones que más les atraigan. Un episodio de María Antonieta y de otras tantas que subieron los escalones de la gloria para descender al cadalso, les interesarán poderosamente. :: Leerán asimismo, con placer y con provecho, todo cuanto se refiere á trajes, usos y costumbres de otras épocas y de otros países. :: Los niños leerán con deleite las descripciones de las batallas y las vidas de los grandes aventureros, los combates navales, la historia de los héroes de su patria y de todos los países del mundo; aprenderán, sin advertirlo, historia y geografía universal y recorrerán y conocerán el mundo sin salir de su casa. El estudiante reforzará y aumentará sus conocimientos en todos los ramos del saber humano, y la historia servirá para él el auxiliar más precioso de todos los libros.

La Historia como lectura :: amena e instructiva ::

ya aumentando sus conocimientos en otras manifestaciones del saber humano.

Todos tendrán en la Historia el mejor y más útil compañero, que insensiblemente irá perfeccionándolos en el conocimiento de una multitud de cosas muy provechosas y que sería imposible enumerar.

No hay persona alguna, que sepa leer, á la cual no pueda prestar grandes servicios este monumento bibliográfico, ya dentro de su misma profesión,

Además de esos conocimientos directamente útiles, contiene nuestra obra la interesante historia de todos los pueblos del orbe, desde el descubrimiento de América hasta nuestros días.

La seductora narración de los hechos de todos los hombres famosos del Universo, sin distinción de raza y origen; los emocionantes detalles de las guerras más célebres, de las grandes luchas políticas que ha sostenido la humanidad durante quinientos años; la exposición de las evoluciones sociales más profundas; la representación y descripción de los cuadros, edificios y estatuas más notables del planeta, le instruirán infinitamente más que si se propusiese hacer un estudio sistemático.

MADRID
EXPOSICIÓN Y VENTA: ARENAL, 6
Oficinas: Cádiz, 7, 2.^o

DIRIJA USTED LA CORRESPONDENCIA
á **RAMÓN SOPENA**
Cádiz, 7, 2.^o MADRID ó Provenza, 95, BARCELONA
(La correspondencia de provincias y extranjero, debe dirigirse á Barcelona).

BARCELONA
EXPOSICIÓN y VENTA: PELAYO, 46.
Oficinas: Provenza, núms. 93, 95 y 97